Published in Spain

TOMÁS MANN

LA MUERTE EN VENECIA

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA. — ESPASA-CALPE, S. A.

ES PROPIEDAD
Copyright by Calpe, 1920.

Papel fabricado expresamente por LA PAPELERA ESPAÑOLA.

COLECCIÓN CONTEMPORÁNEA

TOMÁS MANN

LA MUERTE EN VENECIA

TRADUCIDO DEL ALEMÁN
POR JOSÉ PÉREZ BANCES

CALPE
MADRID-BARCELONA
1920

Imprenta Artística, Sáez Hermanos. Norte, 21. Teléfono 17-65 J.—Madrid.

CAPÍTULO PRIMERO

Gustavo Aschenbach, o *von* Aschenbach, que era su nombre oficial desde la celebración de su cincuentenario, salió de casa, en la calle del «Príncipe Regente», de Munich, para dar, solo, un largo paseo, una tarde de primavera del año 19..., que había mostrado a nuestro Continente rostro enemigo durante largos meses. Sobreexcitado por el difícil y empeñado trabajo de la mañana, que ahora como nunca demandaba extrema precaución, penetración y escrúpulo de su voluntad, el escritor no había podido detener después de la comida la vibración interna del impulso creador, de aquel *motus animi continus* en que consiste, según Cicerón, la raíz de la elocuencia, ni había logrado conseguir el sueño reparador, que le iba siendo cada día más necesario, a medida que sus fuerzas se gastaban. Por eso, después de tomar el te, había salido, con la esperanza de que el aire y el movimiento le restaurasen y le diesen fuerzas para trabajar luego con fruto.

Era a principios de mayo, y, tras unas semanas d

frío y humedad, había venido un verano prematuro. El *Englischer Garten* tenía la claridad de un día de agosto, a pesar de que los árboles apenas estaban vestidos de hojas. Las cercanías de la ciudad se inundaban de paseantes y carruajes. En Anmeister, adonde había llegado por senderos cada vez más solitarios, se detuvo un rato a contemplar la animación popular de los merenderos, ante los cuales había parados algunos coches. Desde allí, y cuando el sol comenzaba ya a ponerse, se había salido del parque, atravesando los campos, y, sintiéndose cansado, como el cielo amenazase tormenta del lado de Föhring, se quedó junto al cementerio del Norte a aguardar el tranvía, que en línea recta iba a llevarle de nuevo a la ciudad.

Casualmente, no había nadie, ni en la parada del tranvía, ni en sus alrededores. Ni por la calle de Ungerer, en la cual los rieles solitarios se tendían hacia Schwalimg, ni por la carretera de Föhring se veía venir ningún coche. Detrás de las verjas de los marmolistas, ante las cuales las cruces, lápidas y monumentos expuestos a la venta formaban un segundo cementerio, no se movía nada, y el pórtico bizantino del cementerio se erguía silencioso, brillando al resplandor del día expirante. Además de las cruces griegas y los signos hieráticos pintados en colores claros, veíanse en el pórtico inscripciones en letras doradas, ordenadas simétricamente, que se referían a la otra vida, tales como «Entráis en la

morada de Dios», o «Que la luz eterna os ilumine», y Aschenbach encontró durante algunos minutos una distracción seria en leerlas y en dejar que su mirada ideal se perdiese en el misticismo de que estaban penetradas, cuando de pronto, saliendo de su ensueño, advirtió en el pórtico, entre las dos bestias apocalípticas que vigilaban la escalera de piedra, un hombre cuyo aspecto nada vulgar dió a sus pensamientos una dirección totalmente diversa.

Si había salido de adentro por la puerta de bronce, o había subido por fuera sin que Aschenbach lo notase, quedaba indeciso. Sin dilucidar profundamente la cuestión, se inclinaba, sin embargo, a lo primero. De mediana estatura, enjuto, lampiño y de nariz muy aplastada, el hombre pertenecía al tipo pelirrojo, y era su tez lechosa y llena de pecas. Indudablemente, no podía ser alemán, y el sombrero de fieltro, amplio y de alas rectas, que cubría su cabeza le daba un aspecto exótico de hombre de tierras remotas. A ello contribuían la mochila sujeta a los hombros por unas correas, un cinturón de cuero amarillo, una capa de montaña, pendiente de su brazo izquierdo, y un bastón con regatón de hierro, sobre el que apoyaba su cadera.

Tenía la cabeza erguida, y en su cuello flaco, que salía de la camisa de *sport*, abierta, destacaba fuerte y desnuda la nuez. Miraba a lo lejos con ojos inexpresivos, bajo las cejas rojas, entre las cuales había dos

arrugas verticales, enérgicas, que contrastaban singularmente con su nariz aplastada. Así—quizá contribuyese a producir esta impresión el verle colocado en alto—, su actitud tenía algo de dominador, atrevido y violento. Y sea que se tratase de una deformación fisonómica constante, o que, deslumbrado por el sol poniente, hiciese muecas nerviosas, sus labios parecían demasiado cortos, no se cerraban sobre los dientes, que destacaban blancos y largos, descubiertos hasta las encías.

Acaso Aschenbach hubiera pecado de indiscreción en este examen del desconocido, medio distraído, medio inquisitivo; pero de pronto notó que le devolvía su mirada de un modo tan agresivo, cara a cara, tan abiertamente resuelto a llevar la cosa al último extremo y a obligar al otro a retirar su mirada, que Aschenbach, con una impresión penosa, se apartó, y comenzó a pasear a lo largo de las verjas, decidido a no volver a fijar su atención en aquel hombre. Y, en efecto, a los pocos momentos lo había olvidado. Pero bien porque el aspecto errante del desconocido hubiese impresionado su fantasía, o por obra de cualquier otra influencia física o espiritual, lo cierto es que, de pronto, advirtió una sorprendente ilusión en su alma, una especie de inquietud aventurera, un ansia juvenil hacia lo lejano, sentimientos tan vivos, tan nuevos o al menos tan olvidados, que se detuvo, con las manos en la espalda y la vista clavada en el suelo, para examinar su estado de ánimo.

Era sencillamente deseo de viajar; pero violento como un verdadero ataque, y tan intenso, que llegaba a producirle visiones. Su imaginación, que no se había encalmado todavía desde las horas del trabajo, concretó en la evocación de un ejemplo las maravillas y espantos de la tierra que quería abarcar en una sola ímagen. Veía claramente un paisaje: una comarca tropical cenagosa, bajo un cielo ardiente; una tierra húmeda, potente, monstruosa, una especie de selva primitiva, con islas, pantanos y aguas cenagosas; gigantescas palmeras se alzaban en medio de una vegetación lujuriante, rodeadas de plantas enormes, hinchadas, que crecían en complicado ramaje; árboles extrañamente deformados hundían hacia el suelo sus raíces entre aguas quietas de verdes reflejos, en las cuales, sobre flores flotantes, de una blancura de leche y tamañas como bandejas, pájaros exóticos, de largas zancas y picos deformes, se erguían con estúpida inmovilidad mirando de lado, y por entre los troncos nudosos de la espesura de bambú brillaban los ojos de un tigre en acecho... Su corazón comenzó a latir aceleradamente, movido de espanto y de obscuras ansias. Al cabo de un rato, se pasó la mano por la frente y continuó su paseo por delante de las marmolerías.

Al menos, desde que había tenido a su alcance me-

dios para aprovechar a su antojo las facilidades de comunicación, no había considerado el viajar sino como una medida higiénica, que en ocasiones tuvo que tomar aun contra sus deseos e inclinaciones. Harto preocupado en los problemas que le ofrecía su propio yo, su alma europea, excesivamente sobrecargado por el impulso creador y con escasa inclinación a dispersarse para sentir la atracción del complejo mundo interior, se había conformado con la idea que todos podemos adquirir de la superficie de la tierra sin apartarnos gran cosa de nuestro círculo, y ni siquiera había intentado nunca salir de Europa. Además, desde que su vida había iniciado lentamente el descenso, desde que su temor de artista ante la idea de no acabar su obra, de que llegase su última hora antes de haber hecho lo suyo, sin haber producido cuanto en su interior fermentaba, había dejado de ser preocupación caprichosa de un instante, su vida exterior se había limitado casi exclusivamente a la hermosa ciudad en que fijara su residencia y a la recia casa de campo que hizo construir en la montaña, y en la que pasaba los veranos lluviosos.

Y, en efecto; aquel impulso obscuro que tan inesperada y tardíamente le acometía fué pronto dominado y reducido a justas proporciones por la razón y por el dominio de sí mismo, que a fuerza de ejercicios había adquirido.

Proyectaba llegar, antes de irse al campo, hasta un punto determinado en la obra que entonces le absorbía, y el pensamiento de un viaje por el mundo, en que por fuerza habría de invertir demasiado tiempo, le parecía cosa absurda, contraria a sus planes e indigna de ser tomada en consideración. Y, sin embargo, comprendía perfectamente la razón de aquellos súbitos deseos. Era un ansia de huir que se confesaba a sí mismo; ansia de cosas nuevas y lejanas; de liberación, de descanso, de olvido. Era el deseo de huir de su obra, del lugar cotidiano, de su labor obstinada, fría y apasionada. Cierto que la amaba y que casi amaba ya también la lucha enervante, renovada todos los días entre su voluntad orgullosa y terca, tantas veces puesta a prueba, y aquel agotamiento creciente, del que nadie debía sospechar, y del cual no podía quedar en su obra huella alguna que indicase dificultad o cansancio. Pero parecía razonable no aúmentar excesivamente la tensión del arco, ni ahogar por capricho un ansia tan vivamente sentida. Pensó en su trabajo, pensó en aquel pasaje que, hoy como ayer, había tenido que abandonar, sin que le valiesen su paciente labor ni sus atrevidos ímpetus. Lo examinó una vez más, trató de vencer o desviar el obstáculo, y, con un estremecimiento de impotencia, hubo de confesarse vencido. Lo que le estorbaba no era una dificultad insuperable, sino escrúpulos de falta de

complacencia en su obra, que se le manifestaba como insuficiencia. Cierto que, ya de muy joven, la insuficiencia había sido para él la esencia e íntima naturaleza del talento, y que por ello había dominado y enfriado el sentimiento, sabiendo que éste se inclina a satisfacerse con un «poco más o menos» optimista y con una semiperfección. ¿No sería que el sentimiento así dominado se vengara ahora abandonándole, negándose a acompañar y animar su arte, y arrastrando consigo toda complacencia, todo encanto en la forma y en la expresión? No es que produjese cosas malas; los años le habían traído la ventaja de encontrarse cada vez más dueño y más seguro de su maestría. Pero mientras la nación rendía acatamiento a esta maestría, él no hallaba en ella agrado. Como si a su obra le faltase el fervor de esa alegría desembarazada que, más que ninguna otra cualidad, produce el encanto del público. Temía al verano en el campo, solo en la reducida casa, con la muchacha que le hacía la comida y el criado que servía la mesa; tenía miedo a las siluetas, tan conocidas, de las cimas y laderas de las montañas, que, como todos los años, serían testigos de su cansancio y su descontento. Necesitaba una variación, una vida imprevista, días ociosos, aire lejano, sangre nueva, para que el verano fuese fecundo y productivo. Había que emprender, pues, un viaje. No muy lejos, no hasta los tigres precisamente: una noche en

el coche-cama, y un descanso de tres o cuatro semanas en una playa cualquiera del deleitable Mediodía...

Así pensaba, mientras iba acercándose por la calle de Angerer el ruido del tranvía; y al montar, decidió consagrar la noche al estudio del mapa y de la Guía de ferrocarriles. Ya en la plataforma, se le ocurrió buscar al hombre exótico, su compañero de esta espera, de cierta trascendencia para él. Pero no pudo verlo, pues no se encontraba ni junto al pórtico, ni en la parada, ni tampoco en el coche.

CAPÍTULO II

El autor de la clara y vigorosa epopeya de Federico II; el paciente artista que, en obstinada labor, había tejido el tapiz novelesco titulado *Maia*, tan rico en figuras y en el cual tantos destinos humanos se congregaban a la sombra de una idea; el creador de aquella fuerte narración titulada *Un miserable*, que mostró a toda una juventud agradecida la posibilidad de una recia decisión moral más allá del más profundo conocimiento, y, por último (y con esto quedan sucintamente enumeradas las obras de su edad madura), el autor del apasionado ensayo *Espíritu y Arte*, cuya fuerza ordenadora y cuya elocuencia indujo a críticos serios a colocarlo al nivel de la obra de Schiller acerca de la poesía ingenua y la sentimental, Gustavo Aschenbach, había nacido en L., capital de distrito de la provincia de Silesia. Era hijo de un alto funcionario judicial, y sus ascendientes fueron funcionarios públicos, hombres que habían vivido una vida disciplinada y sobria, al servicio del Estado y del rey. La espiritualidad de la familia había encarnado una vez en la persona de un

pastor, y en la generación anterior, la sangre alemana de sus antepasados se había mezclado con la sangre más viva y sensual de la madre del escritor, hija de un director de orquesta bohemio. De ella provenían los rasgos extranjeros que podían notarse en su exterior.

La mezcla del seco espíritu de cumplimiento del deber profesional con los ímpetus apasionados y obscuros provenientes de su ascendencia materna habían producido un artista, este artista singular que se llamaba Gustavo Aschenbach.

Como su naturaleza toda iba impulsada hacia la gloria, sin ser un precoz precisamente, apareció pronto ante el público maduro y formado, gracias a la decisiva y bien marcada personalidad de su genio. Cuando apenas había abandonado el gimnasio, poseía ya un nombre. Diez años más tarde había aprendido a desempeñar, desde la mesa de su despacho, un papel: a administrar su gloria manteniendo una correspondencia que tenía que ser limitada (pues son muchos los que acuden a los favorecidos de la fortuna) para ser sustanciosa y digna de su nombre. A los cuarenta años, cansado de los esfuerzos y alternativas de su trabajo de escritor, ocupaba un puesto en la literatura mundial, que diariamente le traía manifestaciones de afecto y reconocimiento de todos los países.

Su talento, igualmente apartado de lo vulgar y de lo excéntrico, era de la índole más apropiada para conquistar al mismo tiempo la admiración del gran público y el interés animador de las minorías selectas. Acostumbrado, pues, desde muchacho, al esfuerzo, y al esfuerzo vigoroso, no había disfrutado nunca el ocio, nunca había conocido la descuidada indolencia de la juventud. A los treinta y cinco años cayó enfermo en Viena, y un fino observador decía, hablando de él en sociedad: «Aschenbach ha vivido siempre así—cerrando fuertemente el puño de la mano izquierda—. Nunca así—dejando colgar indolentemente la mano abierta.» Esto era perfectamente exacto, y el valor moral que ello demostraba era tanto mayor cuanto que su naturaleza no era robusta ni mucho menos y no había nacido para ejecutar esfuerzos de suprema tensión.

Siendo niño, su complexión delicada hizo que los médicos le excluyesen de la asistencia a la escuela, por lo cual había disfrutado una educación casera. Había crecido así, aislado, sin amigos. Y había tenido que darse cuenta, desde muy temprano, de que pertenecía a una generación en la que, si no el talento, era muy escasa la base fisiológica que el talento requiere para desarrollarse; a una generación que suele dar muy pronto lo mejor que posee y que rara vez conserva sus facultades bien despiertas hasta una edad avanzada. Pero su lema favorito fué siempre resistir; su epopeya de Federico no era sino la apoteosis de esta palabra, que le parecía el compendio de toda virtud pasiva. Y por ello

deseaba ardientemente llegar a viejo: pues siempre había creído que verdaderamente grande y amplio y realmente digno de estima sólo lo era aquel artista a quien el Destino concedía el privilegio de crear sus obras en todas las etapas de la vida humana.

Por consiguiente, como la carga de su talento tenían que soportarla unos hombros débiles, y como quería ir lejos, necesitaba una extremada disciplina, y la disciplina era, por fortuna, una parte de su herencia paterna. A los cuarenta, a los cincuenta años, y lo mismo antes, en la edad en que otros dilapidan sus facultades, sueñan y aplazan tranquilamente la ejecución de grandes planes, él comenzaba el día temprano, dándose una ducha de agua fría, y luego, alumbrado por un par de velas altas colocadas en el candelero de plata, a solas con su manuscrito, sacrificaba al arte, en dos o tres horas de intenso y concentrado trabajo mental, las fuerzas que había acumulado en el sueño. Era disculpable y atestiguaba realmente la victoria de su robustez moral, que los que no le conocían creyesen que el mundo de su novela *Maía*, o las figuras épicas, en medio de las que se desarrollaba la vida heroica de Federico, procedían de una inspiración súbita y habían sido creadas en momentos de extraordinaria fuerza de expresión. Pero, en realidad, la grandeza del conjunto estaba hecha de un minucioso trabajo cotidiano, era la resultante de cientos de inspiraciones cortas, y debían la excelsa maestría de la concepción total y de cada uno de los detalles a que su creador, con tenacidad y energía análogas a las del héroe que conquistara su provincia natal, supo perseverar años y años bajo la tensión de una misma obra, y a la labor de ejecución, propiamente dicha, había consagrado exclusivamente sus horas más vigorosas y más altas.

Para que cualquier creación espiritual produzca rápidamente una impresión intensa y profunda es preciso que exista secreto parentesco y hasta identidad entre el carácter personal del autor y el general de la generación contemporánea. Los hombres no saben por qué les satisfacen las obras de arte. No son verdaderamente entendidos, y creen descubrir cientos de excelencias en una obra, para justificar su admiración por ella, cuando el fundamento íntimo de su aplauso es un sentimiento imponderable, es la simpatía. Aschenbach había dicho expresamente en un pasaje poco conocido de sus obras que casi todas las cosas grandes que existen son grandes porque se han creado contra algo, a pesar de algo: a pesar de dolores y tribulaciones, de pobreza y abandono; a pesar de la debilidad corporal, del vicio, de la pasión. Esto era más que una observación: era algo íntimamente vivido por él, la fórmula de su vida y de su gloria, la clave de su obra. ¿Es, pues, de extrañar si lo más peculiar de las figuras por él creadas era su carácter moral?

Ya desde sus comienzos, un agudo crítico, hablando del tipo de héroe preferido por Aschenbach, y que con variar las individualidades dominaba toda su obra, había escrito que «podía imaginarse como un tipo de intrepidez varonil, de inteligencia y juventud, que, poseído de altivo rubor, se yergue, inmóvil, apretando los dientes, mientras su cuerpo es traspasado por lanzas y espadas». Esto era muy bello, muy ingenioso y muy exacto, a pesar de la excesiva pasividad atribuída al héroe. Pues la serenidad en medio de la desgracia, la gracia en medio de la tortura, no es sólo resignación, es también actividad, encierra un triunfo positivo, y la figura de San Sebastián es la imagen más bella, si no en todo el arte, por lo menos del arte a que aquí se hace referencia. Pues penetrando en el mundo que por las obras de Aschenbach desfilaba, veíase el elegante dominio de sí mismo, que esconde hasta el último momento a los ojos del mundo el vacío interior, el decaimiento fisiológico. La fealdad amarillenta, que logra convertir en puro resplandor el rescoldo apagado que en su interior alienta y que llega a las cumbres más excelsas del reino de la belleza. La pálida impotencia, que del fondo ardiente del alma saca fuerzas suficientes para obligar a un pueblo descreído a arrojarse a los pies de la cruz, a *sus* pies. La amable apostura, al servicio vacío y severo de la forma. La vida artificial y arriesgada, el ansia y el arte enervadores del falsificador nato. Considerando todas estas figuras y otras semejantes quizá, llega a dudarse de si habrá otro heroísmo que el heroísmo de la debilidad. Y en todo caso, ¿qué especie de heroísmo podría ser más contemporáneo que éste? Aschenbach era el poeta de todos aquellos que trabajan al borde del agotamiento, de los sobrecargados, de los que se sienten caídos pero se mantienen erguidos todavía, de todos estos moralistas de la acción que, pobres de aliento y con escasos medios, a fuerza de poner en tensión la voluntad y de administrarse sabiamente, logran producir, al menos por un momento, la impresión de lo grande. Estos hombres abundan mucho, son los héroes de la época. Y todos se encontraban reflejados en su obra; se hallaban afirmados, ensalzados, cantados en ella, y, agradecidos, propagaban la gloria del autor. Había sido joven y brutal, como la época, y mal aconsejado por ella, había cometido públicamente inconveniencias, se había puesto en ridículo, había pecado contra el tacto y el buen gusto de palabra y de obra. Pero luego adquirió aquella dignidad a la que, según sus palabras, todo gran talento tiende espontáneamente, con innato impulso. Puede afirmarse que todo el desarrollo de su personalidad había consistido en ascender hasta esa actitud digna, de un modo consciente y tenaz, contra todos los obstáculos de la duda y todos los alfilerazos de la ironía.

Las masas burguesas se regocijan con las figuras

acabadas, sin vacilaciones espirituales; pero la juventud apasionada e irreverente se siente atraída por lo problemático, y Aschenbach era problemático y había sido todo lo irreverente que puede ser un muchacho.

Pero parece que contra nada se acoraza tan pronto un espíritu noble y vigoroso como contra el encanto amargo, punzante, del conocimiento, y es lo cierto que la escrupulosa profundidad del joven no tiene apenas fuerza comparada con la decisión inquebrantable del hombre maduro, elevado ya al rango de maestro, de negar el saber, de rechazarlo, de pasar por encima de él con la cabeza erguida, siempre que se corra el riesgo de que pueda paralizar, desanimar, desvanecer la voluntad, el impulso de acción, el sentimiento y hasta la misma pasión. La famosa narración titulada *Un miserable* sólo podía interpretarse como expresión de la repugnancia contra el indecoroso psicologismo de la época, encarnado en la figura de aquel semipícaro estúpido y morboso que se busca una tragedia arrojando a su mujer en brazos de un adolescente, por impotencia, por vicio, por veleidad moral, y que cree tener derecho a hacer cosas indignas so pretexto de profundidad de pensamiento. El ímpetu de palabra con que se reprobaba lo reprobable significaba la superación de toda incertidumbre moral, de toda simpatía con el abismo, la condenación del principio de la compasión, según el cual, comprenderlo todo es perdonarlo todo, y lo que aquí

se preparaba, y en cierto modo se realizaba ya acabadamente, era aquel *Milagro de la inocencia renovada*, del que se hablaba un poco más tarde de un modo declarado, pero no sin cierto acento misterioso, en uno de los diálogos del autor. ¡Extrañas asociaciones! ¿Fué consecuencia de este *renacimiento*, de esta nueva dignidad y severidad, el que se observase casi por la misma época la extraordinaria robustez de su sentido de la belleza, y se apreciase en él la pureza, sencillez y equilibrios aristocráticos de la forma, que en adelante prestara a todas sus creaciones un sello tan marcado de maestría y clasicismo? Pero la decisión moral, más allá del saber, del conocimiento disolvente y apático, ¿no significa a su vez una simplificación moral del mundo y del alma, y, por consiguiente, una propensión al mal, a lo prohibido, a lo moralmente imposible? Y la forma, a su vez, ¿no presenta un doble semblante? ¿No es moral e inmoral a la vez, moral como resultado y expresión del esfuerzo disciplinado, pero amoral e incluso inmoral por encerrar por naturaleza una indiferencia moral y porque, más aún, aspira esencialmente a humillar lo moral bajo su cetro altivo y despótico?

¡Pero sea lo que fuera! Cada artista tiene su desarrollo peculiar. ¿Cómo no había de ser diverso el de aquel que va acompañado del aplauso y la confianza de la muchedumbre al del que pasa sin el brillo y el

halago de la gloria? Sólo los bohemios incorregibles encuentran aburrido y les parece cosa de burla el que un gran talento salga de la larva del libertinaje, se acostumbre a respetar la dignidad del espíritu y adquiera los usos corteses de un apartamiento lleno de dolores y luchas no compartidas, que le ha traído el poder y la consideración de las gentes. ¡Por lo demás, cuánto hay de juego y de placer en la formación de un talento en la soledad!

Con el tiempo, la producción de Gustavo Aschenbach adquirió cierto carácter oficial, didáctico; su estilo perdió las osadías creadoras, los matices sutiles y nuevos; se hizo un estilo clásico, acabado, limado, conservador, formal y casi formulista, y, como Luis XIV, suprimió toda palabra ordinaria en sus escritos. Por esa época se incluyeron trozos suyos en las Antologías de lectura para uso de las escuelas. Esto estaba en consonancia con su evolución, y cuando al cumplir los cincuenta, un príncipe alemán que acababa de subir al Trono concedió el título de noble al autor de *Federico*, no lo rechazó.

Tras algunos años de vida inquieta, después de haber intentado fijar acá y allá su residencia, se estableció definitivamente en Munich, y allí vivía una vida de burgués, considerado y respetado. El matrimonio que contrajo de muy joven con una muchacha de familia de profesores lo cortó la muerte al poco tiempo, tras una

breve dicha conyugal. Le había quedado una hija, que ahora estaba ya casada. Hijos varones no había tenido ninguno.

Gustavo von Aschenbach era de estatura algo menos que mediana; moreno; iba afeitado completamente. Su cabeza resultaba en desproporción con su cuerpo desmedrado. El cabello, peinado hacia atrás, en el cráneo algo escaso y muy abundante y bastante gris en las cejas, servía de marco a una frente amplia. Unos lentes de oro con los cristales al aire pellizcaban el arranque de la nariz, recia, noblemente curvada. La boca era grande, tan pronto distensa como estrecha y apretada. Las mejillas, flacas y hundidas, y la bien formada barba partida en suave ondulación. Sobre la cabeza, generalmente inclinada en un gesto doliente, parecían haber pasado grandes tormentas, y, sin embargo, era el arte el que había trastrocado su fisonomía, del modo como sólo suele hacerlo una vida llena de emociones y aventuras. Tras aquella frente se habían fraguado las súplicas chispeantes de la conversación entre Voltaire y Federico acerca de la guerra; aquellos ojos que miraban cansados tras los cristales de los lentes habían visto el sangriento horror de los lazaretos de la guerra de los Siete Años. El arte significa para quien lo vive una vida enaltecida. Sus dichas son más hondas y desgasta más rápidamente. Graba en el rostro de sus servidores las huellas de aventuras imaginarias y

espirituales, y el artista, aunque viva exteriormente en un retiro claustral, se siente al cabo poseído de un refinamiento, un cansancio, una curiosidad de los nervios mayor de la que puede engendrar una vida llena de pasiones y goces violentos.

CAPÍTULO III

Decidido ya el viaje, varios asuntos de carácter social y literario detuvieron a Gustavo en Munich, unas dos semanas después de aquel paseo. Por último, dió orden de que se le tuviera dispuesta su casa de campo para dentro de cuatro semanas, y un día, entre mediados y fines de mayo, tomó el tren de la noche para Trieste; se detuvo allí sólo veinticuatro horas, y a la mañana siguiente se embarcó para Pola.

Lo que buscaba era un mundo exótico, que no tuviera relación con el ambiente que ordinariamente le rodeaba, pero que no estuviese muy alejado, y así fijó su residencia en una isla del Adriático, famosa desde hacía unos años, situada no lejos de la costa de Istria; la habitaban campesinos vestidos con chillones andrajos y que hablaban un idioma de sonidos extraños, y tenía hermosas rocas a la orilla del mar. Pero la lluvia y el aire pesado, el hotel lleno de veraneantes de clase media austriaca y la falta de aquella sosegada convivencia con el mar, que sólo una playa suave y

arenosa proporciona, le hicieron comprender que no había hallado el lugar de su destino. Sentía en su interior algo que le impulsaba no sabía determinadamente adónde, estudiaba mapas y guías, buscaba por todas partes, y de pronto, vió con claridad y evidencia lo que deseaba. Para encontrar en seguida algo incomparable y rodeado de un prestigio legendario, ¿adónde tenía que ir? La cosa estaba clara. Se había equivocado. ¿Qué hacía allí? Era a otra parte adonde debía ir. Se apresuró a abandonar su equivocada residencia. A la semana y media de su llegada a la isla, una mañana temprano, llena de húmeda niebla, un bote de motor le volvió rápidamente con su equipaje al puerto de guerra austriaco; saltó a tierra, e inmediatamente, por una tabla, subió a la húmeda cubierta de un vaporcito dispuesto para emprender el viaje a Venecia.

Era el barco un casco viejo, sucio y sombrío, de nacionalidad italiana. En un camarote iluminado con luz artificial, adonde acompañó a Aschenbach, tan pronto hubo pisado el barco, un marinero jorobado y sucio que le abrumaba con sus cortesías rutinarias, estaba sentado tras una mesa, con su sombrero ladeado y su colilla de puro en la boca, un hombre de barba apuntada, con aspecto de director de circo a la antigua moda, que con los desenvueltos modales del profesional anotó las circunstancias del viajero y le extendió el billete. «¡A Venecia!—dijo repitiendo la

contestación de Aschenbach, extendiendo el brazo y mojando la pluma en el escaso contenido de un tintero entornado. «A Venecia, primera clase. Está usted servido, caballero.» Y escribió con grandes rasgos, echó arena azul de una caja sobre lo escrito, la vertió en un cacharro, dobló el papel con sus dedos huesudos y amarillos y volvió a escribir. «Un viaje bien elegido—charlaba entretanto—. ¡Oh Venecia! ¡Magnífica ciudad! Ciudad de irresistible fuerza de atracción para las personas ilustradas, tanto por los prestigios de su historia como por sus encantos actuales.» La rapidez de su gesticulación y monótona cantilena con que la acompañaba, aturdían y molestaban; no parecía sino que procuraba hacer vacilar al viajero en su resolución de irse a Venecia. Cogió apresuradamente la moneda que Gustavo le dió para pagar, y con destreza de *croupier* dejó caer la vuelta sobre el paño mugriento que cubría la mesa. «¡Feliz viaje, caballero!—dijo con una reverencia teatral—. Ha sido un honor para mí el servirle... ¡Caballeros!»—gritó luego alzando la mano con majestuoso continente, como si el negocio marchase lo más prósperamente del mundo, a pesar de que no aguardaba a nadie más. Aschenbach volvió sobre cubierta.

Con un brazo apoyado en la barandilla del barco, se puso a contemplar a los ociosos congregados en el muelle para presenciar la salida y a los pasajeros de a

bordo. Los de segunda clase acampaban, hombres y mujeres, sobre cubierta, utilizando como asientos cajas y bultos de ropa. Los de primera eran muchachos jóvenes, miembros de una Sociedad de excursionistas, que se habían reunido para hacer un viaje a Italia y que debían de ser dependientes de comercio de Pola. Se los veía satisfechos de sí mismos y de su empresa; charlaban, se reían, gozaban con sus propios gestos y ocurrencias, y apoyados en la barandilla, gritaban, burlándose de los camaradas que, con la cartera bajo el brazo, iban entrando en los establecimientos de la calle del puerto y que amenazaban con sus bastoncitos a los ruidosos excursionistas.

Había uno con un traje de verano amarillo claro, de corte pasado de moda, una corbata roja y un panamá con el ala relativamente levantada, que sobresalía de entre todos los demás con su voz chillona. Pero apenas Aschenbach lo hubo mirado con algún detenimiento, se dió cuenta, con cierto espanto, de que era un joven falsificado. Era viejo, sin duda alguna. Sus ojos y su boca estaban rodeados de profundas arrugas. El carmín mate de sus mejillas era pintura; el cabello negro asomaba por debajo del sombrero de paja, rodeado de una cinta de colores: era una peluca; el cuello era un cuello decaído y ajado; el enhiesto bigote y la perilla, teñidos; su dentadura amarillenta, que mostraba completa al reírse, postiza y barata, y sus

manos, llenas de anillos, manos de viejo. Aschenbach le contemplaba a él y a su comunidad con los amigos con cierto estremecimiento. ¿No sabían, no notaban que era viejo, que no le correspondía llevar aquel traje claro, que no era uno de los suyos? Al parecer, por la fuerza de la costumbre lo toleraban sin enterarse de su incompatibilidad, lo trataban como a un igual y respondían sin repugnancia a los golpes afectuosos que les daba en el hombro. ¿Cómo era posible? Aschenbach se tapó la frente con las manos y cerró los ojos, que estaban irritados por haber dormido poco. Le parecía que todo esto se salía de lo ordinario, que comenzaba una transmutación de ensueño en torno suyo, que el mundo adquiría un carácter singular; quizá todo tomase un aspecto normal cerrando un momento los ojos. Pero en este momento se apoderó de él la sensación de flotar, y alzando los ojos con un espanto irracional, advirtió que el pesado y sombrío casco del barco se iba separando lentamente de la orilla. Muy despacio se iba ensanchando la estela de agua sucia entre el barco y el muelle, a medida que la máquina iba arrancando trabajosamente; y tras una maniobra muy lenta, el vapor puso la proa a alta mar. Aschenbach se fué del lado del timón, donde el jorobado le había abierto una silla de tijera; allí le saludó el capitán, vestido de levita, pero de levita grasienta.

El cielo era gris, y el aire, húmedo. El puerto y las

islas habían ido quedando atrás, y pronto toda huella de tierra desapareció del neblinoso horizonte. Sobre la cubierta fregada, que no acababa de secar, caían trozos de carboncillo de la máquina. Al cabo de una hora hubo que extender una lona por encima de la cubierta, porque empezaba a llover.

Embutido en su abrigo, con un libro en el regazo, el viajero descansaba, y las horas transcurrían sin notarlas. Había cesado de llover; se quitó la cubierta de lona. El horizonte se había despejado por entero. Bajo la cúpula del cielo se extendía en torno del barco el disco inmenso del mar. Y en el espacio, vacío, sin soluciones de continuidad, nos falta también la medida del tiempo y flotamos en lo inconmensurable. Como singulares figuras de pesadilla, el viejo repugnante, la barba afilada del taquillero, desfilaban con gestos indecisos y confusas palabras de ensueño por el espíritu del viajero, hasta que, al cabo, se durmió.

Al mediodía, tuvo que bajar al comedor. Tenía éste forma de pasillo, y daban a él las puertas de los camarotes. Se sentó a la cabecera de la larga mesa, a cuyo extremo bebían alegremente con el capitán, desde las diez, los dependientes, incluso el viejo. La comida era muy pobre, y terminó en seguida. Apenas terminada, subió a cubierta a ver cómo estaba el cielo; quizá aclarase del lado de Venecia.

Se había figurado que tenía que ser así, pues la ciudad siempre le había recibido con tiempo espléndido. Pero el cielo y el mar seguían turbios y grises; de cuando en cuando caía una lluvia neblinosa, y tuvo que aceptar la idea de encontrarse por agua otra Venecia distinta de la que le había recibido cuando la visitó por tierra. Estaba apoyado en un mástil, con la mirada fija en lontananza esperando tierra. Recordando al poeta melancólico y entusiasta ante el cual emergieron en otro tiempo de estas aguas las cúpulas y campanarios de su sueño, repetía algo de lo que entonces había cristalizado en cántico de admiración, de dicha o de tristeza, y conmovido sin esfuerzos por esos sentimientos ya formulados, ahondaba en su serio y maduro corazón, para ver si el Destino le reservaba aún al viajero ocioso nuevos entusiasmos y conmociones o quizá una tardía aventura sentimental.

En esto, surgió a la derecha la costa plana; el mar comenzó a animarse con botes de pescadores; apareció la isla de Bader, el barco la dejó a la izquierda, pasó, acortando la marcha, por el estrecho puerto que lleva el nombre de la isla y se paró en la laguna, frente a unas casuchas pobres y pintorescas, a esperar la falúa del servicio de sanidad.

Tardó una hora en aparecer. Habían llegado, y no habían llegado; no tenían prisa, y, sin embargo, les poseía la más viva impaciencia. Los excursionistas de Pola se sintieron patriotas, excitados sin duda por las

cornetas militares que sonaban hacia el parque, y sobre cubierta, entusiasmados con el arte, daban vivas a los *bersaglieri* que hacían el ejercicio. Pero lo que era repugnante de ver era el estado en que su camaradería con la gente joven había puesto al lamentable viejo. Su viejo cerebro no había podido resistir, como los de los jóvenes, los vapores del vino, y estaba vergonzosamente borracho. Con una mirada estúpida, un pitillo entre los dedos temblorosos, vacilaba, conservando trabajosamente el equilibrio. Como al primer paso hubiera caído, no se atrevía a moverse del sitio; pero, sin embargo, mostraba una excitación lamentable; agarraba de las solapas a todo el que se le aproximaba, tartamudeaba, gesticulaba, daba risotadas, alzaba con ademán de necia burla su dedo índice, lleno de anillos, y de un modo repugnantemente equívoco se lamía con la lengua los labios. Aschenbach le miraba con sombrío entrecejo, y de nuevo volvió a adueñarse de él la sensación de que el mundo mostraba una inclinación insinuante e irresistible a deformarse en siluetas singulares y exóticas. Pero no pudo seguir examinando esta sensación, pues la máquina recobró de nuevo su actividad y el barco continuó su viaje interrumpido por el canal de San Marcos.

Volvió, pues, a la magnífica perspectiva, la deslumbradora composición de fantásticos edificios que la república mostraba a los ojos asombrados de los navegantes que llegaban a la ciudad. La graciosa magnificencia del palacio y del Puente de los Suspiros, las columnas con santos y leones, la fachada pomposa del templo fantástico, la vista de la puerta y del gran reloj, y comprendió entonces que llegar por tierra a Venecia, bajando en la estación, era como entrar en un palacio por la escalera de servicio, y que no debía llegarse sino embarcado a la más inverosímil de las ciudades.

Paró la máquina, comenzaron a aproximarse góndolas, se echó la escalera y subieron a bordo los empleados de la Aduana a desempeñar su cometido; los pasajeros podían ir desembarcando. Aschenbach dió a entender que deseaba una góndola que los llevase a él y a su equipaje a la estación de los vaporcitos que circulan entre la ciudad y el Lido, pues pensaba tomar habitación a orillas del mar. Aprobado su propósito, fué extendiéndose a gritos su deseo por la superficie de la laguna, donde los gondoleros reñían unos con otros en dialecto. No puede descender todavía porque están bajando por la escalera, con grandes trabajos, su baúl. Y por eso se ve durante unos minutos expuesto, sin escape posible, a la insistencia del repugnante viejo, a quien la borrachera le impulsa a hacer al extranjero los honores de la despedida. «Le deseamos una agradable temporada», tartajea entre tumbos. «Tendremos muy presente su recuerdo. *Au revoir*, *excusez* y

bon jour, excelencia.» Su boca se llena de agua, guiña los ojos y saca la lengua con gesto equívoco. «Nuestros respetos—tartamudea—, nuestros respetos al pasajero simpático...» Y, de pronto, se le va la dentadura postiza. Aschenbach logra al fin escabullirse... «Al hombre simpático», oía decir a sus espaldas, con tonos chillones y vacilantes, mientras descendía, cogido a la cuerda, por la escalera.

¿Quién no experimentará un estremecimiento, quién no tendrá que luchar contra una secreta opresión al entrar por primera vez, o tras larga ausencia, en una góndola veneciana? La extraña embarcación, llegada hasta nosotros invariable desde una época de romanticismo y de poema, negra, con una negrura que sólo poseen, entre las demás cosas, los ataúdes, evoca aventuras silenciosas y arriesgadas, la noche sombría, el ataúd y el último viaje silencioso. ¿Y se ha notado que el amplio sillón barnizado de negro es el último asiento más blando, más cómodo, más enervante del mundo? Aschenbach se dió cuenta de ello cuando se sentó a los pies del gondolero, junto a su equipaje reunido. Los remeros seguían riñendo rudamente en su lenguaje incomprensible, con gestos amenazadores. Pero el silencio peculiar de la ciudad parecía recoger blandamente sus voces, apagándolas y deshaciéndolas en el agua. En el puerto hacía calor. Recibiendo el soplo tibio del siroco, recostado sobre los blandos almohadones, el viajero cerró los ojos para gozar de una languidez tan dulce como desacostumbrada. La travesía será corta, pensaba. ¡Ojalá durara siempre! Poco a poco, con suave balanceo, iba sustrayéndose al ruido, a la algarabía de las voces.

El silencio se hacía más profundo según avanzaba. No se oía sino el chapoteo de los remos en el agua, el chasquido sordo de las olas contra la embarcación, que se alzaba negra y erguida como una nave guerrera sobre el agua, y el murmullo del gondolero, que murmuraba entre dientes, a trompicones, con sonidos acentuados por el movimiento rítmico de su cuerpo. Aschenbach alzó la vista, y con ligera extrañeza se apercibió de que la laguna se ampliaba ante sí y que la embarcación tomaba rumbo hacia alta mar. Al parecer, no podía entregarse plenamente al descanso, sino que tenía que velar un poco por la ejecución de su voluntad.

—Al embarcadero de los vapores—dijo volviéndose a medias. El murmullo del marinero cesó; pero no recibió contestación alguna.

—¡He dicho que al embarcadero de los vapores!—repitió, volviéndose del todo y levantando la vista al rostro del gondolero, que, erguido, detrás de él, destacaba su silueta sobre el fondo gris del cielo. Era un hombre de fisonomía desagradable y hasta brutal, con traje azul a usanza de marinero, faja amarilla a la cintura y un sombrero de paja deformado, cuyo tejido co-

menzaba a deshacerse, picarescamente ladeado. Sus facciones, su bigote rubio, rizoso, bajo la nariz corta y respingona, hacían que no pareciese italiano. Aunque de tan escasa corpulencia que no se le hubiera creído muy apto para su oficio, manejaba con gran vigor los remos, poniendo todo el cuerpo en cada golpe. Un par de veces el esfuerzo hizo que se contrajesen sus labios, descubriendo los blancos dientes. Con las rojizas cejas fruncidas, miró por encima del pasajero, mientras le respondía con tono decidido y hasta brutal:

—¡Pero usted va al Lido!

Aschenbach replicó:

—En efecto. Pero sólo he tomado la góndola para que me pasase usted hasta San Marcos. Quiero utilizar el *vaporcito*.

—No puede usted utilizar el vaporcito, caballero.

—¿Y por qué no?

—Porque no admite equipaje.

Esto era exacto. Ahora lo recordaba Aschenbach. Calló un momento. Pero las maneras rudas y groseras del hombre le parecieron insoportables. Y replicó:

—Eso es cuenta mía. Yo puedo dejar mi equipaje en custodia. Dé usted la vuelta.

Hubo un silencio. Seguía oyéndose el chapoteo de los remos y el ruido sordo del agua que azotaba la embarcación, y volvió el gondolero a hablar consigo mismo.

¿Qué iba a hacer? Solo en el agua con aquel hombre tan poco tratable y tan rudamente decidido, no hallaba medio alguno de imponer su voluntad. Por lo demás, ¿a qué irritarse en vez de seguir indolentemente recostado en la blandura de los almohadones? ¿No había deseado que la travesía durase largo tiempo, que no acabase nunca? Lo más prudente, y sobre todo lo más agradablemente delicioso, era dejar que las cosas siguieran su curso. De este asiento, de este sillón bajo, forrado de negro, parecía desprenderse un vaho de indolencia irresistible, y era una delicia inefable sentirse así suavemente mecido por los remos del terco gondolero que tenía a su espalda. La idea de haber caído en manos de un criminal cruzó vagamente un momento por la imaginación de Aschenbach, sin que sus pensamientos se inquietasen en ademán de defensa. Más molesta le parecía la posibilidad de ser víctima de una estafa vulgar, de que todo aquello sólo se encaminase a sacarle más dinero. Una especie de sentimiento del deber o de orgullo, el deseo de prevenirse, lograron hacerle saltar.

—¿Cuánto lleva usted por el viaje?

El gondolero, mirando por encima de él, respondió:

—Tendrá usted que pagar.

La contestación era evidente. Aschenbach dijo de un modo maquinal:

—No pagaré nada, absolutamente nada, si no me lleva usted adonde quiero ir.

—Quiere usted ir al Lido

—Pero no con usted.

—Le llevo a usted bien.

«Eso es exacto», pensó Aschenbach, y se calmó. «Me llevas bien. Aunque hayas pensado en mi dinero y aunque me des con un remo en la cabeza, me habrás llevado bien.»

Pero nada de esto aconteció. Tuvieron incluso compañía: un bote con músicos ambulantes, hombres y mujeres que cantaban acompañados de guitarras y mandolinas y que marchaban al lado de la góndola, llenando el silencio que reinaba en la superficie del agua con canciones de una poesía para uso de turistas que les producía sus buenos dineros. Aschenbach echó unas monedas en el sombrero que le presentaban, tras de lo cual callaron y desaparecieron. Volvió a oírse el murmullo del gondolero, que hablaba, con frases sordas y entrecortadas, consigo mismo.

Al fin arribaron, en el momento en que salía un vapor que navegaba hacia la ciudad. Dos guardias municipales paseaban por la orilla, con las manos a la espalda y el rostro vuelto hacia la laguna. Aschenbach saltó de la góndola apoyado en aquel viejo que se encuentra en todos los embarcaderos de Venecia con su gancho, y como no tenía monedas pequeñas, se fué a cambiar a

un hotel próximo para pagarle a capricho del gondolero. Le cambian en la caja, vuelve, encuentra su equipaje en el muelle, sobre un carrillo; pero góndola y gondolero han desaparecido.

—Ha tenido que marcharse — dice el viejo del gancho—. Es un mal hombre, un hombre sin licencia, señor. Es el único gondolero que no tiene licencia. Los otros han telefoneado aquí. Vió que le estaban aguardando, y ha tenido que irse.

Aschenbach se encogió de hombros.

—El señor ha hecho el viaje de balde—dijo el viejo tendiéndole el sombrero. Aschenbach le echó más monedas, y luego dió orden de que condujesen su equipaje al Hotel Bader, y siguió al carrito a lo largo de la brillante avenida que, llena de cafés, bazares, flores, de hoteles, y a derecha e izquierda, atraviesa la isla en diagonal hasta la playa.

Entró en el espacioso hotel por la parte de atrás, atravesando la terraza del jardín, y por el *hall* y el vestíbulo llegó a las oficinas. Como había anunciado su llegada, le recibieron con gran amabilidad. Un *maître d'hôtel*, hombre chiquito, que se deslizaba sin ruido, con una finura aduladora, bigote negro y levita de corte francés, le acompañó en el ascensor hasta el segundo piso y le enseñó su cuarto: una habitación muy agradable, con mobiliario de madera de cerezo, con un ramo de olorosas flores sobre una mesita, y desde cu-

yas altas ventanas se disfrutaba la vista del mar abierto. Después de retirarse el empleado, Aschenbach se asomó a una de ellas, y mientras le traían el equipaje y lo acomodaban en la habitación, se puso a mirar a la playa, que a estas horas estaba casi desierta, y al mar sin sol. Había pleamar, y las olas, bajas y lentas, venían a morir a la playa con acompasado movimiento.

Las observaciones y sentimientos del hombre solitario son al mismo tiempo más confusas y más intensas que las de las gentes sociables; sus pensamientos son más graves, más extraños y siempre tienen un matiz de tristeza. Imágenes y sensaciones que se distraerían fácilmente con una mirada, con una risa, un cambio de opiniones, se aferran fuertemente en el ánimo del solitario, se ahondan en el silencio y se convierten en sucesos, aventuras, sentimientos importantes. La soledad engendra lo original, lo osado y lo desconcertantemente bello, la poesía. Pero engendra también lo desconcertado, lo inoportuno, absurdo e inadecuado.

Así, el ánimo del viajero sentíase aún inquieto con las impresiones de la travesía, el repulsivo viejo verde con sus gestos equívocos, el gondolero brutal que se había quedado sin su dinero. Todas estas cosas, sin ofrecer dificultades al entendimiento ni constituír materia de cavilación, le parecían de naturaleza singular, y las contradicciones que envolvían le intranquilizaban. Sin embargo, saludó al mar con los ojos, y

su corazón se llenó de alegría al contemplarse tan inmediato a Venecia. Por fin se apartó de la ventana, se lavó la cara, le dió a la doncella algunas órdenes relativas a su comodidad, y se fué al ascensor, en el cual el suizo, de uniforme verde, le bajó al piso inferior.

Tomó el te en la terraza, al lado del mar; bajó luego, y siguió a lo largo del muelle un buen trecho en dirección del Hotel Excelsior. Al regresar, parecía ser ya hora de mudarse de traje para comer. Lo hizo con parsimonia y con mucho cuidado, como siempre, pues estaba habituado a trabajar mientras se arreglaba, y se encontró, un poco antes de la hora, en el *hall*, donde halló reunidos a una parte de los huéspedes, desconocidos entre sí, pero en común espera de la comida. Cogió un periódico de la mesa, se acomodó en un sillón de cuero y se puso a considerar la sociedad, que se diferenciaba con ventaja de la de su anterior residencia.

Había un ambiente mucho más abierto y de mayor amplitud y tolerancia. En los coloquios a media voz marcábanse los sonidos de los grandes idiomas. El traje de etiqueta, uniforme de la cortesía, reunía en armoniosa unidad externa todas las variedades de gentes allí congregadas. Veíanse los secos y largos semblantes de los americanos, numerosas familias rusas, señoras inglesas, niños alemanes con institutrices francesas. Parecía dominar la raza eslava. Cerca de él hablaban polaco.

Era un grupo de muchachos reunidos alrededor de una mesita de paja, bajo la vigilancia de una institutriz o señorita de compañía. Tres chicas de quince a diez y siete años, al parecer, y un muchacho de largos cabellos que representaba tener unos catorce. Aschenbach advirtió con asombro que el muchacho era de una belleza perfecta. Su rostro pálido y preciosamente serio, rodeado de cabello color de miel; su nariz recta, su boca fina y una expresión de deliciosa serenidad divina, le recordaban los bustos griegos de la época más noble, y siendo su forma de clásica perfección, había en él un encanto personal tan único, que el observador pensaba que sería imposible hallar nada más acabado. Lo que inmediatamente saltaba a la vista era el contraste entre los puntos de vista educativos a que obedecía el vestido, y en general el trato dado a los hermanos. El atavío de las tres hermanas, la mayor de las cuales era ya una mujercita, no podía ser más sencillo y casto, tanto, que casi las afeaba. Un traje claustral, uniforme de color gris, bastante largo, mal cortado a propósito, con un cuello blanco planchado como única nota clara, hacían que no fuera posible hallar ningún agrado en sus cuerpos. El cabello liso y pegado a la cabeza daba a los rostros una expresión monjil e insustancial.

Sin duda, este atavío era obra de una madre que no aplicaba al chico la severidad pedagógica con que creía

debían ser tratadas las muchachas. Se veía que su existencia estaba presidida por la blandura y el trato delicado. Nadie se había atrevido a poner las tijeras en sus hermosos cabellos, que caían en abundosos rizos sobre la frente, sobre las orejas y sobre la espalda. El traje de marinero inglés, cuyas mangas abombadas se estrechaban hacia abajo oprimiendo las finas muñecas de sus manos infantiles, prestaba con sus cordones, botones y bordados algo de rico y mimado en su delicada figura. Aschenbach lo veía de medio perfil, sentado, con las piernas extendidas y un pie, con su zapato de charol, sobre el otro; tenía un codo apoyado en el brazo de su asiento de mimbre, la mejilla arrimada a la mano cerrada, en una actitud de elegante indolencia, sin huella alguna de la rigidez a que parecían habituadas sus hermanas. ¿Estaría enfermo? Pues la piel de su cara era blanca como marfil sobre el dorado obscuro de los rizos que le servían de marco. ¿O era sencillamente un hijo único, mimado, en quien un cariño excesivo y caprichoso habían producido aquel enervamiento? Aschenbach se inclinaba a creer esto último. A casi todas las naturalezas artísticas les es innata una tendencia malévola a aprobar las injusticias engendradoras de belleza y a rendir homenaje y acatamiento a esas preferencias aristocráticas.

Entre tanto, un camarero recorría el *hall* anunciando en inglés que la comida estaba servida. La concurrencia

fué perdiéndose poco a poco, por la puerta de cristales, en el comedor. Pasaban huéspedes retrasados que entraban del vestíbulo o bajaban en el ascensor. Dentro habían comenzado ya a servir la comida; pero los polacos continuaban en su mesita de mimbre, y Aschenbach, cómodamente hundido en un sillón y con el hermoso mancebo ante sus ojos, esperaba como ellos.

La institutriz, una señora pequeña y corpulenta, de pelo rojo, dió por fin la señal de levantarse. Apartó a un lado su silla y se inclinó cuando una señora alta, vestida de gris claro y adornada con ricas perlas, entró en el *hall*. El aire de esta mujer era frío y contenido, y el peinado de su cabello, ligeramente espolvoreado, así como la forma de su vestido, atestiguaban aquella sencillez que determina el buen gusto allí donde la devoción pasa como parte integrante de la elegancia. Hubiera podido ser la esposa de un alto funcionario alemán. Lo único exageradamente lujoso que aparecía en ella eran sus alhajas, de inestimable valor, sus pendientes y su triple cadena larguísima, hecha de perlas grandes como cerezas y de suaves irisaciones.

Los hermanos se habían levantado rápidamente. Se inclinaron, para besarla, sobre la mano de su madre, que con una sonrisa contenida de su rostro cuidado, pero con cierta expresión de cansancio, miraba por encima de sus cabezas y dirigía a la institutriz algunas palabras en francés. Luego se dirigió al comedor. Los

demás la siguieron; las muchachas, por orden de edades; a continuación la institutriz y, por último, el chico. Por no sé qué razón, el niño se volvió antes de penetrar por la puerta de cristales, y como no quedaba en la estancia nadie más, sus singulares ojos soñadores se encontraron con los de Aschenbach, que, sumido en la contemplación, con su periódico en las rodillas, seguía el grupo con la vista.

La escena que había presenciado no tenía nada de particular en los detalles. No habían ido a comer antes de la llegada de la madre; la habían aguardado, la saludaron respetuosamente, y para entrar en la sala se habían seguido usos tradicionales. Pero todo esto se había hecho con tanta expresión, con tal acento de disciplina, de sentimiento del deber, de mutuo respeto, que Aschenbach se sintió singularmente conmovido. Aguardó unos momentos, luego entró a su vez en el comedor, y pidió que le indicasen su mesa, que, según comprobó con cierto sentimiento de disgusto, estaba muy alejada de la familia polaca.

Durante la larga comida, cansado, y, sin embargo, presa de una gran agitación espiritual, caviló sobre cosas serias y hasta trascendentales, reflexionó sobre la misteriosa proporción en que lo normal tenía que conformarse con lo individual para que se engendrase la belleza humana; pasó después a pensar sobre problemas generales del arte y de la forma, y acabó por com-

prender que sus pensamientos y conclusiones semejaban a ciertas ocurrencias del sueño, aparentemente felices, que luego, a la luz de un ánimo sereno, resultan vacías e inservibles. Después de cenar se entretuvo fumando, sentado, paseando por el parque, fuertemente aromatizado; se acostó temprano y pasó la noche en un sueño continuado y profundo, pero animado por diversas visiones.

Al día siguiente no mejoró el tiempo. Soplaba viento de tierra. Bajo el cielo turbio yacía el mar en somnolienta calma, con el horizonte muy próximo, y tan alejado de la playa, que dejaba libres varias filas de largos bancos de arena. Cuando Aschenbach abrió su ventana, creyó sentir el olor putrefacto de la laguna.

Súbitamente sobrecogióle un gran desasosiego, y al poco rato ya estaba pensando en marcharse. Estando en Venecia, hacía años, tras unas alegres semanas primaverales, había venido un tiempo como éste, y le hizo tanto daño, que había tenido que salir de Venecia como huyendo. ¿No volvía a sentir, igual que entonces, la febril inquietud, la opresión en las sienes, el peso en los párpados? Cambiar otra vez de residencia sería molesto; pero, si no cambiaba el viento, no podría permanecer allí. Por si acaso, no deshizo del todo el equipaje. A las nueve desayunó, en la salita destinada al efecto entre el *hall* y el comedor.

En la estancia reinaba ese solemne silencio que constituye el orgullo de los grandes hoteles.

Los camareros se deslizaban sin ruido. Todo lo que se oía era el tintineo de los servicios de te y algunas palabras a media voz. En un rincón, en el lado opuesto a la puerta y dos mesitas más allá de la suya, Aschenbach advirtió a las muchachas polacas con su institutriz. Muy tiesas, con el cabello rubio muy aplastado y los ojos enrojecidos, con vestidos azules de cuellos y puños planchados, muy estrechos, estaban sentadas, alargándose unas a otras un tarro de conservas. Ya casi habían acabado el desayuno. Faltaba el chico.

Aschenbach se sonrió. «¡Mi joven amigo!—pensó—. Parece que gozas el privilegio de dormir cuanto te venga en gana.» Y sintiéndose de pronto muy contento, recitó para sus adentros el verso:

«Atavío variado, baños calientes y reposo.»

Se desayunó sin prisa, recibió el correo de manos del portero, que entró con la gorra galoneada quitada, y, fumando un pitillo, leyó un par de cartas. Y así aconteció que pudo presenciar todavía la entrada del dormilón, a quien sus hermanas aguardaban.

Entró por la puerta de cristales y atravesó en silencio, diagonalmente, la estancia, hasta la mesa de sus hermanas. Su andar estaba lleno de gracia, tanto en la actitud del busto como en el movimiento de las rodi-

llas y en el pisar; andaba con gran ligereza, con alta nería y suavidad al propio tiempo, y el encanto resultaba aumentado por el pudor infantil, que por dos veces les obligó a bajar los ojos al mirar en torno suyo. Sonriente, y pronunciando a media voz en su lenguaje sonoro y blando, saludó y se sentó; esta vez estaba frente por frente de Aschenbach, y éste volvió a ver, realmente con asombro y hasta con espanto, la belleza divina del niño. Traía hoy una blusa ligera, de tela, con listas azules y blancas, atada con una cinta de seda roja por encima del pecho y cerrada en el cuello por un sencillo cuello blanco planchado. Y sobre este cuello, que ni siquiera combinaba muy elegantemente con el traje, descansaba con incomparable encanto la cabeza bella, la cabeza de Eros, del color del mármol de Paros, con sus cejas finas y serias, y las sienes y las orejas suavemente sembradas por el marco de los cabellos.

—¡Bien, bien!—pensó Aschenbach con esa fina aprobación profesional con que a veces los artistas disfrazan el encanto, el entusiasmo que les produce una obra de arte. Y luego pensó—: Aunque no fuesen el mar y la playa, permanecería aquí mientras tú estés.—A continuación se levantó y atravesó, entre las atenciones del personal, el *hall*, bajó la gran terraza y se dirigió rectamente a la parte de la playa acotada para los huéspedes del hotel. Hizo que un viejo bañero, descalzo, con pantalones de lienzo, blusa de marinero y sombrero de

paja, le señalase la caseta; le mandó que sacara al aire libre mesa y asiento, y se arrellanó en la silla de tijera, que arrastró hasta el borde del agua por la arena amarillenta.

El cuadro que a sus ojos ofrecía la playa, la visión de estas gentes civilizadas, gozando sensualmente al borde de los elementos, le satisfizo y entretuvo como nunca. El mar, gris y plano, estaba ya animado de niños, que corrían por el agua descalzos; de nadadores de abigarradas figuras, que, con los brazos detrás de la cabeza, estaban tendidos sobre la arena. Otros remaban en botes pequeños, sin quilla, pintados de rojo y azul, y reían con alborozo.

Ante la cuerda tensa del balneario, en cuyas plataformas se estaba como sobre una terraza, había movimiento alborozado e indolente reposo, saludos y charlas, elegancia matinal, junto con las desnudeces, que se aprovechaban osadamente de las libertades del lugar. Al borde del agua paseaban algunos, envueltos en blancas capas de baño. A la derecha había una montaña de arena con muchas derivaciones, construída por los chicos y adornada con banderitas de todos los países. Vendedores de mariscos, pasteles y frutas extendían sus mercancías arrodillados ante ellas. A la izquierda, ante una de las casetas algo apartadas de las demás, y en las que por aquel lado terminaba la playa, había acampado una familia rusa. Hombres con luen-

gas barbas y grandes dientes, mujeres indolentes, una señorita del Báltico, que, sentada ante un caballete, pintaba el mar, con exclamaciones de desesperación; dos niños, feos y apacibles; una criada vieja, con una cofia y con sumisas actitudes de esclava. Allí estaban gozando, agradecidos del mar y del reposo; llamaban sin cesar, a gritos, a los chiquillos, que jugaban sin hacerles caso; bromeaban, merced a algunas palabras italianas, con el viejo humorista, a quien compraban golosinas; se besaban unos a otros en las mejillas, sin que les preocupasen lo más mínimo los observadores de su convivencia.

—De modo que me quedaré—pensaba Aschenbach. ¿Dónde iba a estar mejor? Y con las manos plegadas sobre sus rodillas, dejaba que sus ojos se perdiesen en la amplitud del mar, que sus miradas se deslizasen en la monótona inmensidad. Amaba el mar por razones profundas. Por el ansia de reposo del artista que trabaja rudamente, que desea descansar de la variedad de figuras que se le presentan en el seno de lo simple e inmenso. Por una tendencia perversa, opuesta enteramente a las exigencias de su misión en el mundo, y más tentadora, por eso, a lo inarticulado, desmedido, eterno, a la nada. Quien se esfuerza por alcanzar lo excelente, nota el ansia de reposar en lo perfecto. ¿Y la nada, no es una forma de perfección? Mas, mientras así cavilaba perdido en lo infinito, la horizontal del mar se vió de pronto cortada por una figura humana, y recogiendo en lo concreto en mirada sumida en lo indefinido, vió que era el bello muchacho, que, viniendo de la izquierda, pasaba ante él. Venía descalzo, dispuesto a chapuzarse en el agua; las piernas esbeltas estaban desnudas hasta la rodilla, y caminaba lentamente, pero con ligereza y aplomo, como si estuviese habituado a andar sin zapatos; su mirada buscó las casetas del lado izquierdo; pero apenas hubo advertido a la familia rusa, que disfrutaba tranquilamente las delicias del día, cubrió su rostro una tormenta de colérico desprecio. Su frente se obscureció, se contrajeron sus labios en una expresión de rabia, y frunció de tal modo las cejas, que bajo ellas parecían hundirse los ojos, en los que centelleaba, obscuro y maligno, el odio. Bajó la vista, volvió a mirar amenazadoramente; luego, se encogió de hombros con un gesto de violento desprecio y volvió la espalda al enemigo.

Un delicado sentimiento, en el que había algo de respeto y algo de vergüenza, movió a Aschenbach a volverse como si no hubiera visto nada; pues a su serio temperamento repugnaba hacer uso, ni aun consigo mismo, de aquella explosión pasional que casualmente había descubierto. Se había regocijado y espantado al mismo tiempo, y se sentía dichosamente conmovido. Este fanatismo infantil, dirigido contra el más

apacible trozo de vida que cabía imaginar, mostraba el poco valor de lo divino en las relaciones humanas, hacía que un cuadro de vida, reposado y feliz, despertase pasiones más revueltas, y prestaba a la figura bella del adolescente una exaltación que permitía tomarle más en serio de lo que sus años representaban.

Vuelto aún del otro lado, escuchaba Aschenbach la voz del muchacho, voz clara, un poco débil, con que de lejos saludaba a gritos a los compañeros que jugaban en la montaña de arena. Cuando le oyeron, respondiéronle gritándole varias veces por su nombre, o por un diminutivo de su nombre, y Aschenbach atendía con cierta curiosidad, sin poder coger más que dos sílabas melódicas, que sonaban como «Adgio», y con más frecuencia «Adgin», terminando en una *n* prolongada. El sonido le agradó, le halló adecuado por su eufonía al objeto designado por él, lo repitió para sí, y, satisfecho, volvió a sus cartas y papeles.

Con su cartera de viaje sobre las rodillas, comenzó a contestar con la estilográfica su correspondencia. Pero, tras un cuarto de hora, halló que era lástima abandonar en espíritu la situación más agradable que conocía y echarla a perder por una actividad indiferente. Dejó a un lado el recado de escribir, y volvió a mirar al mar; al poco tiempo, atraído por la algarabía de los chicos, ocupados en los montones de arena, volvió la cabeza hacia la derecha, apoyándola cómodamente en el respaldo de su silla, para contemplar lo que hacía Adgio.

A la primera ojeada lo vió; la cinta roja de su pecho no se escapaba. Ocupado con otros en colocar una tabla vieja como puente sobre el foso húmedo de la montaña de arena, daba órdenes con gritos y movimientos de cabeza. Serían unos diez compañeros, chicos y chicas, unos de su edad y otros más pequeños, que charlaban en francés, en polaco y también en idiomas balcánicos. Pero el nombre más repetido era el de Adgio. Sin duda lo querían, lo admiraban todos. Especialmente uno de ellos, polaco también, un chico robusto y fuerte, llamado una cosa así como «Saschu», con cabello negro, lleno de pomada, parecía ser su más íntimo amigo y vasallo sumiso. Cuando el trabajo de la montaña de arena estuvo terminado, se fueron abrazados playa adelante, y el llamado «Saschu» besó al hermoso.

Aschenbach se sintió tentado a amenazarle con el dedo. «Mas a ti, Cristóbulo, te aconsejo—pensó sonriéndose—que te vayas un año a viajar. Pues eso necesitas, al menos, para tu curación.» Y luego se comió con delicia unos fresones bien maduros que compró a uno de los vendedores ambulantes. Hacía calor, a pesar de que el sol no había logrado atravesar las nubes que empañaban el cielo. El espíritu se sentía invadido de una gran indolencia, y los sentidos, penetrados

del encanto infinito y adormecedor del mar. A un hombre de la seriedad de Aschenbach le pareció en aquel momento una ocupación adecuada y plenamente suficiente adivinar, investigar qué nombre podía ser el que sonaba, algo así como «Adgio». Y con ayuda de algunos recuerdos, averiguó que tenía que ser «Tadrio», diminutivo de «Tadeun», y que se pronunciaba «Tadrin».

Tadrio había ido a bañarse. Aschenbach, que lo había perdido de vista, descubrió su cabeza y su brazo extendido, allá lejos, en el mar; pues el mar parecía ser llano hasta muy afuera. Pero, sin duda, se preocupaban ya por él.

Comenzaron a oírse en la playa voces de mujeres que le llamaban, que gritaban ese nombre, que dominaba la playa casi como una solución, y que con sus sonidos suaves y la *n* prolongada del final tenía al mismo tiempo algo de dulce y de estridente. —«¡Tadrin! ¡Tadrin!»—Se volvió hacia la playa, corriendo, haciendo saltar el agua en espuma al levantar las piernas, con la cabeza echada hacia atrás. Y la visión de esta figura viviente, tan delicada y tan varonil al propio tiempo, con sus rizos húmedos y hermosos como un Dios mancebo, que, saliendo de lo profundo del cielo y el mar, escapaba al poder de la corriente, le producía evocaciones místicas, era como un canto de un poema primitivo que hablase de los tiempos

originarios, del comienzo de la forma y del nacimiento de los dioses. Aschenbach escuchaba con los ojos cerrados este canto que sonaba en su interior, y pensó, una vez más, que se encontraba bien aquí, y que se quedaría.

Más tarde, Tadrio estaba tumbado en la arena descansando del baño, envuelto en su sábana, abierta por su hombro derecho, y con la cabeza descansando en el brazo desnudo. Y aunque Aschenbach no le miraba, sino que leía unas páginas en su libro, no se olvidaba de que estaba allí y que sólo necesitaba volver ligeramente la cabeza hacia la derecha para contemplar lo más admirable del mundo. Casi se le antojaba que su misión era velar por el muchacho, que estaba ocupado en sus cosas; pero al mismo tiempo obligado a velar constantemente por la noble individualidad humana que descansaba allí, a la derecha, no lejos de él. Y un sentimiento paternal, el efecto conmovido del que se sacrifica en espíritu al culto de lo bello, por aquello que posee belleza, llenaba y conmovía su corazón.

Hacia el mediodía abandonó la playa, regresó al hotel, y subió en ascensor a su habitación. Allí se estuvo largo tiempo ante el espejo, y contempló su cabello gris, su rostro cansado, de facciones afiladas. En este momento pensó en la gloria y en que en la calle le conocían muchos y lo contemplaban con respeto y admiración, todo a causa de su voluntad certera y co-

ronada de gracia; evocó todos los éxitos exteriores de su talento que se le ocurrieron, y hasta pensó en su título de nobleza. Luego, bajó al comedor y comió en su mesita. Cuando, terminada la comida, entró en el ascensor, entró también con él mucha gente joven que venía igualmente del comedor, y entre ellos Tadrio. Estaba muy cerca de Aschenbach, por primera vez; tan cerca, que éste podía verle, no a distancia, como en un cuadro, sino observándole de cerca con todos sus detalles humanos. Alguien le había hablado, y le respondía con una sonrisa de indescriptible simpatía; pero ya se salía, bajando los ojos, en el primer piso. La belleza nos hace vergonzosos, pensó Aschenbach, y se puso a pensar por qué. Sin embargo, había notado que los dientes de Tadrio dejaban que desear—eran algo pálidos, sin ese esmalte brillante propio de la salud, y de una transparencia inquietante, como ocurre a veces con la anemia. «Es muy frágil, es enfermizo. Probablemente no llegará a viejo», pensó Aschenbach, y renunció a analizar un sentimiento de satisfacción o intranquilidad que acompañaba a esta idea.

Pasó dos horas en su habitación, y luego se embarcó en el vaporcito para irse hacia Venecia a través del olor pútrido de la laguna. Se apeó en San Marcos, tomó te en la plaza, y luego, cumpliendo su programa, se fué a dar un paseo por las calles. Este paseo había

de trastornar completamente la situación de su ánimo, alterando sus planes.

Un calor bochornoso pesaba sobre las callejas; el aire era tan denso, que los olores que salían de las casas, tiendas y cocinas, olor de aceite, nubes de perfume y otros muchos, yacían apelotonados, sin dispersarse. El humo del cigarro se quedaba como cuajado, y sólo muy lentamente se iba deshaciendo. La multitud de gente que se empujaba en la angostura de las calles molestaba al paseante en vez de entretenerle. A medida que pasaba tiempo, se adueñaba de él más el estado lamentable que el siroco, combinado con el aire del mar, puede producir, y que es juntamente excitación y desfallecimiento. Sudaba copiosamente, sus ojos querían cerrarse, sentía el pecho oprimido, tenía fiebre, la sangre palpitaba fuertemente en sus sienes. Cruzando unas calles huyó de los barrios comerciales, donde el gentío se apretujaba, a las callejuelas de los barrios pobres. Allí le asaltó una nube de mendigos, y los olores pútridos de los canales le cortaban la respiración. En un sitio tranquilo, en uno de esos lugares olvidados y graciosamente pintorescos que se encuentran en el exterior de Venecia, al borde de un brocal, se sentó a descansar, se secó la frente y comprendió que tenía que marcharse.

Por segunda vez, y ya definitivamente, había comprobado que Venecia en este tiempo le sentaba muy

mal. Le pareció fuera de razón obstinarse tercamente en quedarse allí, y las probabilidades de que el viento cambiase eran muy inseguras. Era preciso decidirse rápidamente. Volver a casa no era posible. No tenía dispuestas ni su casa de verano ni su casa de invierno para recibirle. Pero no era Venecia el único sitio donde había mar y playa; podía encontrarlos en otras partes, sin el lamentable complemento de la laguna y de sus vapores, que le producían fiebre. Recordó una playa pequeña cerca de Trieste, que le habían ponderado mucho. ¿Por qué no irse allá? Y de hacerlo, hacerlo sin retraso, para que valiera la pena de cambiar otra vez de residencia. Se decidió, y se puso en pie.

En el primer embarcadero de góndolas que le salió al paso tomó una, y dió orden de que le llevasen a San Marcos. La embarcación fué deslizándose por el turbio laberinto de los canales, entre delicados balcones de mármol adornados con leones, dando la vuelta a esquinas rezumantes, pasando luego al pie de otras fachadas suntuosas, le costó trabajo llegar a su destino, pues el gondolero, que estaba en combinación con fábricas de encajes y vidrios, trataba constantemente de desembarcarle para que entrase a ver las tiendas y a comprar, y si la fantástica travesía por las lagunas de Venecia comenzaba a ejercer su encanto sobre él, ese espíritu de mendicidad de la reina caída bastaba para romperol.

Vuelto al hotel, declaró en el despacho que circunstancias imprevistas le obligaban a marcharse al día siguiente por la mañana, temprano.

Le expresaron su sentimiento y le dieron la cuenta. Cenó y pasó la noche tibia leyendo periódicos en una mecedora de la terraza de atrás. Antes de acostarse dispuso su equipaje para marcharse.

No durmió gran cosa, pues la próxima salida le inquietaba. Cuando, a la madrugada, abrió la ventana, el cielo seguía entoldado, pero el aire parecía más fresco, e inmediatamente comenzó a arrepentirse de sus propósitos. ¿No habría sido su decisión demasiado apresurada y equivocada, obra de un estado febril? Si no hubiese avisado en el hotel, si, con menos prisa, hubiese intentado acomodarse al aire de Venecia y hubiese esperado a ver si mejoraba el tiempo, en vez de una mañana de quehaceres y preocupaciones, le aguardaría el goce tranquilo del día anterior en la playa. Pero era demasiado tarde. Ahora se veía forzado a seguir queriendo lo que ayer había querido. Se vistió, y a las ocho bajó en el ascensor a desayunarse.

Cuando entró, el pequeño comedor estaba solitario. Mientras aguardaba sentado a que le trajesen lo que había pedido, comenzaron a entrar algunos huéspedes. Con la taza de te en los labios vió llegar a las muchachas polacas con su institutriz. Rígidas y frescas, con los ojos enrojecidos, fueron a sentarse a su mesa de la esquina de ventana. Al poco tiempo, se le acercó

el portero, con la gorra en la mano, a comunicarle que había llegado el momento de partir. El automóvil esperaba para llevarse a él y a otros huéspedes al Hotel Excelsior, desde el cual la canoa-automóvil llevaría a los señores a la estación por el canal privado de la Compañía. El tiempo urgía.

Aschenbach respondió que no le parecía que urgiese tanto. Faltaba más de una hora para la salida de su tren. Se indignó contra la costumbre de los hoteles de echar de casa antes de tiempo a los viajeros, y le dijo al portero que deseaba tomar tranquilamente su desayuno. El hombre se retiró de mala gana, para reaparecer a los cinco minutos. Era imposible que el automóvil esperase más tiempo. Pues que se fuese con su baúl —replicó Aschenbach irritado—. Él tomaría a su hora el vaporcito público, y rogaba que le dejasen tranquilo. El empleado se inclinó. Aschenbach, satisfecho de haberse librado de las molestas prisas, terminó, sin apresurarse, su desayuno, y hasta le pidió un periódico al camarero. Cuando, al fin, se levantó, sólo le quedaba el tiempo justo. Y ocurrió que al mismo momento entró Tadrio por la puerta de cristales.

Al cruzar, en busca de la mesa de los suyos, se tropezó con Aschenbach que salía; bajó modestamente los ojos ante el hombre de cabellos grises y ancha frente, para volver a levantarlos luego, en su manera dulce y amable, y pasó. ¡Adiós, Tadrio!, pensó Aschenbach. Poco tiempo ha durado nuestro conocimiento. Y pronunciando contra su costumbre con sus labios y hablando para sí, dijo a media voz: ¡Dios te bendiga!

Luego hizo los últimos preparativos, repartió propinas, fué despedido por el suave *maître d'hôtel*, con su levita francesa, y abandonó el hotel a pie, como había venido, seguido del mozo del hotel, que llevaba su equipaje de mano, atravesando la avenida florida que cruzaba de través la isla para dirigirse al embarcadero de los vapores. Llegó, tomó asiento y... lo que vino después fué un calvario triste por todas las profundidades del arrepentimiento.

Era la travesía conocida por la laguna, pasando por delante de San Marcos y subiendo luego por el Gran Canal. Aschenbach estaba sentado a proa, en el banco circular, con un brazo apoyado en la barandilla, haciéndose sombra a los ojos con una mano. Quedaron atrás los jardines públicos; la Piazzeta se abrió una vez más ante sus ojos en su magnificencia principesca, y llegada la gran serie de los palacios, tras un recodo del canal aparecieron los majestuosos arcos de mármol de Rialto. El viajero consideraba toda esta belleza que desfilaba ante sus ojos, y se le oprimía el corazón. Ahora respiraba, en aspiraciones profundas, turnas dolorosas; la atmósfera de la ciudad, ese olor ligeramente putrefacto, de mar y de pantano, que el día anterior quería abandonar con tanta urgencia. ¿Era posible que no hu-

biera sabido, que no hubiera considerado hasta qué punto su corazón estaba ligado a todo esto? Lo que esta mañana era un sentimiento vago, una leve duda acerca de su decisión, se trocó ahora en angustia, en un dolor efectivo y punzante, en una tribulación tan grande de su alma, que varias veces asomaron lágrimas a sus ojos, como nunca hubiéralo podido prever.

Lo que más doloroso le resultaba, lo que a veces le parecía absolutamente insoportable, era sin duda el pensamiento de que ya no volvería a ver Venecia, de que se despedía para siempre de ella. Pues habiendo comprobado por segunda vez que la ciudad era nociva para su salud, habiéndose visto por segunda vez obligado a abandonarla de repente, tendría que considerarla en adelante como una residencia prohibida que no podía soportar; hubiera sido insensato probar fortuna una vez más.

Sentía que, de irse ahora, la vergüenza y el amor propio le impedirían volver a ver a la amada ciudad, ante la cual había fracasado por dos veces su resistencia física. Y esta lucha entre la apetencia espiritual y la incapacidad física le pareció de pronto tan grave y tan importante a aquel hombre que empezaba a envejecer, y su derrota corporal le pareció tan lamentable y tan vergonzoso haber cedido con tal facilidad, que no quiso comprender cómo el día antes, sin lucha seria, había podido entregarse y someterse.

Entre tanto, el vapor se aproximaba a la estación, y su dolor y su desconcierto aumentaban hasta darle vértigos. La marcha parecía imposible, y no menos imposible el regreso. Entró en la estación completamente destrozado. Era muy tarde; no podía perder un momento si había de tomar el tren. Quería, y no quería. Pero el tiempo apremiaba y le azuzaba hacia adelante. Se apresura a sacar su billete, y busca entre el tumulto el empleado del hotel. Al fin, el hombre aparece y anuncia que el baúl está facturado.

—¿Ya facturado?

—Sí, para Como.

—¿Para Como?

Y en una alternativa apresurada de preguntas coléricas y perplejas respuestas, resulta que el baúl ha sido enviado, en el despacho del Hotel Excelsior, junto con el equipaje de otros viajeros, en una dirección totalmente equivocada.

A Aschenbach le costaba trabajo conservar la única actitud que en estas circunstancias podía decorosamente adoptar. Una alegría aventurera, un goce increíble estremecía casi convulsivamente su pecho. El empleado se precipitó a rescatar el baúl, si era posible, y volvió sin haber conseguido nada. Entonces, Aschenbach declaró que sin su equipaje no estaba dispuesto a marcharse, sino que prefería volverse y esperar en el hotel el retorno del baúl. Preguntó si la canoa automóvil

de la Compañía estaba a la puerta. Se fué a la taquilla donde le tomaron el billete. Aseguró que telegrafiaría, que se haría todo lo posible para recuperar el baúl rápidamente, y... así sucedió el extraño acontecimiento de que el viajero, a los cinco minutos de su llegada a la estación, volvió a encontrarse en el Gran Canal, en viaje de regreso al Lido.

¡Qué aventura más increíble, más vergonzosa, más cómica, como cosa de pesadilla! ¡Los lugares de quienes acababa de despedirse para siempre con el corazón oprimido volvía a verlos por obra del Destino caprichoso, que había hecho una de sus jugarretas. La pequeña y rápida embarcación, saltando espuma, corría alegremente y esquivaba, al pasar, góndolas y vapores, mientras su único pasajero disimulaba, bajo la máscara de una irritada resignación, la excitación gozosa y sorprendida de un muchacho de vacaciones. De tiempo en tiempo, en su pecho pugnaba por estallar la risa que su desgraciado accidente le producía; un accidente que no hubiera podido venirle más a tiempo a un escolar desaplicado. Habría que dar explicaciones; iba pensando encontrarse con caras asombradas, y luego, todo arreglado; se había evitado una desgracia, se había rectificado un grave error, y todo lo que había creído dejar definitivamente a sus espaldas volvía a desplegarse ante sus ojos; era suyo por todo el tiempo que deseara. Por lo demás, ¿le engañaba la rapidez de

la marcha, o venía realmente de lado del mar aquel viento brusco?

Las olas azotaban el estrecho canal abierto en la isla hasta el Hotel Excelsior. Un ómnibus-automóvil esperaba allí, y condujo al viajero, a orilla del mar rizado, directamente hasta el Hotel Baber. El pequeño *maître d'hôtel* bajó la escalera para saludarle.

Con ligera adulación lamentó el accidente; lo calificó de extraordinariamente sensible para él y para el establecimiento, que aprobó, lleno de convicción, el designio de Aschenbach de aguardar aquí su baúl. Su habitación estaba ya ocupada; pero tenía a su disposición otra que no era peor que aquélla.

—*Pas de chance, monsieur*—dijo sonriente el suizo del ascensor, cuando le subió.

Y así, volvió a instalarse el fugitivo en una habitación que, en cuanto a situación y comodidades, era casi enteramente igual que la anterior.

Cansado, atolondrado de la agitación de esta mañana singular, así que hubo distribuído en la habitación el contenido de su maleta, se sentó en una butaca, con la ventana abierta. El mar había tomado un tono verde pálido; el aire parecía más fino y más limpio, y la playa, con sus casetas y sus botes, tenía más color, a pesar de que el cielo seguía siendo gris. Aschenbach, con las manos cruzadas sobre sus rodillas, miraba hacia afuera, satisfecho de volver a verse allí, y moviendo

descontento la cabeza, pensando en su indecisión, en su desconocimiento de sus propios deseos. Estaría así, sentado, descansando y pensando sin objeto fijo, una hora.

Al mediodía divisó a Tadrio, que con un traje listado con una cinta roja volvía desde el mar al hotel. Aschenbach le reconoció en seguida desde su altura, aun antes de verlo propiamente con sus ojos, e iba a pensar algo así como un saludo cordial, un: —¡Tadrio, aquí estás tú también otra vez!—Pero al mismo tiempo sintió que el saludo ligero se velaba y callaba ante la verdad; sintió el entusiasmo que encendía su sangre, la alegría, el dolor de su alma, y se dió cuenta de que si la despedida le había resultado tan dolorosa, había sido sólo por Tadrio.

Sentado, sin ser visto, en su sitio, tan alto, se consideraba en silencio a sí mismo. Sus rasgos se habían reanimado, se enarcaban sus cejas, su boca se dilataba en una sonrisa atenta, que expresaba un goce espiritual. Luego alzó la cabeza, y sus dos brazos, que colgaban indolentemente de los brazos de la butaca, describieron un movimiento giratorio y de ascensión, lentamente, con las palmas de las manos vueltas hacia adelante, como si indicase el abrir y tender los brazos. Fué un gesto de bienvenida, un gesto alegre y lánguido, lleno de indeciso placer.

CAPÍTULO IV

Día tras día, el dios de ardientes mejillas recorría con su cuadriga, engendradora del cálido estío, los espacios del cielo, y su cabellera amarilla flotaba en el viento huracanado que venía del Este. En el confín del mar indolente flotaba una blanquecina, sedosa, niebla. Ardía la arena. Bajo el azul encendido de éter se extendían ante las casetas amplias lonas, y en la mancha de sombra, secretamente dibujada, que ofrecían parábanse las horas de la mañana. En cambio, las noches eran deliciosas; las plantas del parque esparcían su perfume penetrante, mientras allá arriba seguían los astros su carrera, y el murmurio del mar, envuelto en tinieblas, hablaba íntimamente al alma. Estas noches traían la alegre promesa de un nuevo día de sol, con ocio bien ordenado, enjoyado con infinitas posibilidades que un acaso sonriente podría ofrecer.

El huésped a quien un oportuno fracaso había detenido aquí, al recobrar su equipaje no pensó, ni mucho menos, en nueva partida.

Durante un par de días había tenido que privarse de algunas cosas y se había visto obligado a comer en el gran comedor en traje de viaje. Pero cuando el equipaje extraviado apareció en su cuarto, desempaquetó del todo y llenó armarios y cajones con sus cosas, decidido a quedarse por un tiempo indefinido, satisfecho de poder estar en la playa con su traje de seda y de presentarse en el comedor con un vestido de etiqueta.

La agradable monotonía de esta existencia le había prendido en su encanto; la dulzura suave y luminosa de esta existencia se había dueñado rápidamente de él. Y, en efecto, ¿qué mayor delicia que esta vida que unía las delicias de una playa meridional confortable a la proximidad de la estupenda y maravillosa ciudad? Aschenbach no amaba el placer. Siempre que había vivido en vacaciones, que había ido en busca de reposo y días sonrientes, había sentido en seguida, y especialmente siendo más joven, la nostalgia inquieta de su trabajo, del sagrado esfuerzo de su disciplinada labor cotidiana. Sólo este lugar ejercía sobre él una influencia enervadora, distendía su voluntad y le hacía dichoso. Muchas veces, por la mañana, descansando a la sombra de la lona extendida ante su caseta, abandonábase a un delicioso ensueño, mientras contemplaba el azul del cielo del mar meridional, o también en las noches tibias, arrellanado en los almohadones de la góndola que le conducía bajo la amplia bóveda del cielo, desde la plaza de San Marcos, donde pasaba largos ratos, hasta el Lido; mientras iban alejándose las luces abigarradas de la ciudad y los melancólicos sones de las serenatas, pensaba en su casa de montaña, el lugar de su esfuerzo estival; evocaba las nubes que cruzaban bajas, las tormentas espantables que por la noche apagan las luces de la casa, y los cuervos a quienes ceba huían a las ropas de los pinos. Entonces le parecía estar transportado al Elíseo, a un lugar amenísimo, en los confines de la tierra, en que el hombre disfruta de la más leve vida, donde no hay nieve ni invierno, ni tormentas ni lluvias torrenciales, porque viene perennemente del Océano un soplo refrescante, y los días transcurren en este edén en un ocio divino, sin esfuerzo ni lucha, consagrados enteramente al Sol y a sus fiestas.

Aschenbach veía con frecuencia, casi de continuo, a Tadrio. Lo limitado del espacio y lo regular del género de vida que todos se veían forzados a llevar hacían que el hermoso muchacho estuviese próximo a él casi todo el día, con cortas interrupciones. Lo veía, se lo encontraba en todas partes. En el comedor del hotel, en las travesías por agua a la ciudad y al regreso, hasta en la misma confusión de la plaza, y luego, por obra del acaso, en calles, en paseos. Pero cuando tenía principalmente ocasión de consagrar a la bella figura de-

voción y estudio, ampliamente y con comodidad, era por la mañana, en la playa. Y esta complacencia de la fortuna, este favor de las circunstancias que, con uniformidad perenne, diariamente se le ofrecía, era todo lo que en verdad le llenaba de satisfacción y goce, lo que le hacía tan agradable su residencia y lo que determinaba que los días soleados desfilaran sonrientes ante él unos tras otros sin interrupción.

Se levantaba temprano, como sólo lo hacía azuzado por un trabajo apremiante, y estaba en la playa de los primeros, cuando el sol no quemaba aún, y el mar, de una blancura deslumbrante, yacía entregado a los sueños de la mañana. Saludaba respetuosamente al guardia de la verja y al anciano de barba blanca que le preparaba el acomodo, que extendía la lona y sacaba a la plataforma los muebles de la caseta. Luego pasaban tres o cuatro horas hasta que Tadrio apareciese; durante este tiempo iba ascendiendo el Sol y alcanzando una terrible pujanza, y el mar se hacía de un azul cada vez más denso.

Veíale venir por la izquierda, siguiendo el borde del mar; veíale aparecer de espaldas, saliendo de entre las casetas, o también se hallaba de pronto con que se le había pasado su llegada; veíale súbitamente, ya con su traje de baño azul y blanco, que no volvía a quitarse, y experimentaba un cierto estremecimiento de goce. El muchacho comenzaba en seguida su actividad habi-

tual al sol y a la arena; esta vida, graciosamente frívola, ociosamente inquieta, que era juego y reposo y que se componía de carreras por la playa, de chapuzones en el agua; esta actividad, que consistía en jugar con la arena, en comer golosinas, tenderse, nadar, vigilado y llamado por las mujeres desde la terraza. Su nombre resonaba constantemente con voces chillonas. ¡Tadrín! ¡Tadrín!, y él corría hacia ellas con vehemente gesticulación a referirles lo que le había ocurrido, a enseñarles lo que había encontrado: cáscaras, bígaros y cangrejos que andaban de lado. Aschenbach no entendía una palabra de lo que decía, y en su oído sonaba todo, aunque fuesen las cosas más corrientes, con deliciosa eufonía. Y así, el exotismo convertía en música la conversación del chico. Un sol potente dilapidaba su resplandor en honor suyo, y el magnífico horizonte del mar servía de fondo y exaltación a su figura.

Pronto el contemplador hubo conocido todas las líneas y actitudes de este cuerpo rítmico que libremente se mostraba; saludaba regocijado la reaparición de cada belleza ya disfrutada, y su admiración y su deleitoso goce sensual no tenía límites ahora. Llamaron al muchacho para que saludase a un desconocido que estaba con las mujeres; corrió hacia allá, quizá salía mojado aún del agua, se despejaba los rizos, y al tender la mano, descansando sobre una pierna, mientras el otro pie posaba sobre las puntas de los dedos, su

cuerpo tenía un encanto de movimiento indecible; tendido graciosamente hacia adelante, un poco encogido de vergüenza y tratando de agradar por deber aristocrático. O bien yacía en la arena, con los miembros extendidos; la sábana envolvía su cuerpo delicado; el brazo, suavemente modelado, descansaba en la arena, y la barba se apoyaba en la palma de la mano. El llamado «Jaschu», sentado junto a él, le contemplaba sumiso, y nada cabe imaginar más seductor que la sonrisa de labios y ojos con que miraba él, enaltecido, al otro, al admirador, al servidor. Otras veces se le veía al borde del mar, solo, apartado de los suyos, muy cerca de Aschenbach. Estaba erguido, con las manos cruzadas por detrás sobre la nuca, balanceándose suavemente y mirando, soñador, al lejano azul, mientras las olas suaves de la orilla bañaban sus pies. Su cabello rubio, de miel, se adhería en rizos húmedos a sus sienes y su nuca; el Sol hacía brillar el vello de la parte superior de la espina dorsal; destacaban claramente bajo la delgada envoltura el fino dibujo de las costillas, la uniformidad del pecho; sus omoplatos eran lisos como los de una estatua; brillaban sus rótulas, y sus venas azulinas hacían que su cuerpo pareciese hecho de un fino material translúcido. ¡Qué disciplina, qué precisión de pensamiento expresaba este cuerpo tenso y de juvenil perfección! Pero la voluntad severa y pura, que en un esfuerzo obscuro había logrado modelar esta imagen divina, ¿no era la que él, el artista, conocía tan bien? ¿No era la que alentaba en él, cuando, lleno de contenida pasión, libertaba de la masa de mármol del lenguaje la forma esbelta que había intuído en su espíritu, y que representaba a los hombres como imagen y espejo de belleza espiritual?

¡Imagen y espejo! Sus ojos abarcaron la noble figura que se erguía al borde del mar densamente azul, y en un éxtasis de encanto creyó haber comprendido con esta visión la belleza misma, la forma como pensamiento de los dioses, la perfección única y pura que alienta en el espíritu de la que aquí se ofrecía en adoración un reflejo y una imagen humana. La arrebatada inspiración había llegado, y el artista, que empezaba ya a envejecer, recibióla sin temor y hasta con ansiedad. Su espíritu ardía, vacilaba toda su cultura, su memoria evocaba antiquísimos pensamientos que su infancia había recibido de la tradición y que hasta entonces no se habían encendido con el propio fuego. ¿No se ha dicho que el Sol distrae nuestra atención de las cosas intelectuales a las cosas sensuales? Aturde y hechiza de tal modo el entendimiento y la memoria, el alma queda sumida en tales delicias, que olvida su destino verdadero, y su asombrada admiración se ahinca en la contemplación de los objetos más bellos que el Sol ilumina. Y luego, sólo con el auxilio de algo corporal, logra ya elevarse a una más alta consideración.

Eros hace, sin duda, como los matemáticos, que muestran en los niños inexpertas imágenes de las formas puras. Así, el Dios, para hacernos perceptible lo espiritual, gusta de servirse de la línea, el ritmo y color de la juventud humana, a la que nimbó para que sirviera de recuerdo y evocación, con todo el brillo de la belleza, de modo que luego su visión nos abrasa en dolor y esperanza.

Así pensaba en su entusiasmo; tenía poder para sentir todo esto. Y la canción del mar y el resplandor del Sol engendraron en su fantasía una encantadora evocación. Veía el viejo plátano, próximo a los muros de Atenas, aquel lugar sagrado, perfumado con el aroma de los azahares, enjoyado con imágenes y preciados dones piadosos en honor de las Ninfas y de Apolo. El arroyo corría claro y limpio sobre un fondo de cantos lisos, a los pies del árbol de raíces prolongadas; sonaban los violines de los grillos. Sobre el césped, que caía en una pendiente suave, lo suficiente para que al yacer la cabeza estuviese algo levantada, estaban tumbadas dos personas, al resguardo del calor del día. Un hombre de edad y un joven; uno feo y el otro hermoso; la sabiduría contrastando con la amabilidad. Y, entre donosuras y agudezas que animaban el coloquio, Sócrates adoctrinaba a Fedón sobre el deseo y la virtud. Le hablaba del espanto que experimenta el hombre sensible cuando sus ojos contemplan un reflejo de la belleza eterna; de las concupiscencias del profano y el malo, que no puede pensar en la belleza al ver su imagen, y que no es capaz de sentir respeto; hablaba del sagrado temor que acomete al alma noble cuando se le aparece un rostro semejante al de los Dioses, un cuerpo perfecto. Le explicaba cómo todo su ser se estremece, y cómo se enajena, y cómo apenas se atreve a mirar, y cómo se siente poseído de veneración por aquel que ostenta el sello divino de la belleza; le haría sacrificios como a una estatua si no temiese aparecer como un insensato a los ojos de los hombres. «Pues sólo la belleza, Fedón mío, sólo ella es amable y contemplable al propio tiempo. Ella es, ¡nótalo bien!, la única forma de lo espiritual que recibimos sensualmente y que nuestros sentidos pueden soportar. ¿Pues qué sería de nosotros si se nos apareciese lo divino en otra de sus manifestaciones, si la razón y la virtud y la verdad se nos presentasen en formas sensibles? ¿No arderíamos y nos derretiríamos en amor como en otro tiempo ante Teus? Así, la belleza es el camino del hombre sensible al espíritu, sólo el camino, no más que un medio, Fedón...» Y luego, el taimado seductor dijo lo más agudo: Que el amante era más divino que el amado, porque en aquél alienta el Dios, que no en el otro; este pensamiento, que acaso sea el más delicado y el más irónico que se haya pensado, y del que brota toda la socarronería y la secreta concupiscencia del deseo.

La delicia del escritor es la idea que puede trocarse enteramente en sentimiento, el sentimiento que puede trocarse totalmente en idea. En aquel momento se había adueñado del solitario una de estas vibrantes ideas, uno de estos sentimientos precisos. El de que la naturaleza se estremecía de goce cuando el espíritu se inclinaba en homenaje y reverencia ante la belleza. Súbitamente sintió el deseo imperioso de escribir. Cierto es que, como dicen, Eros ama el ocio, y que sólo para el ocio ha sido creado. Pero en este momento de la crisis su excitación le impulsaba a encalmar por la palabra al torbellino de sus pensamientos. El tema casi le era indiferente. De pronto sintió que se resolvía en su espíritu, pidiéndole expresión, una cuestión palpitante de la cultura y el gusto. El asunto era un asunto familiar que le preocupaba de antiguo. El impulso de hacerle brillar a la luz de sus palabras se hizo en aquel momento irresistible. Pero necesitaba trabajar en presencia de Tadrio, tomar como modelo al escribir la silueta del muchacho, hacer que su estilo siguiese las líneas de aquel cuerpo que se antojaba divino, y alzar a lo espiritual su belleza, como el águila alzó al éter a uno de los pastores troyanos. Jamás había sentido con tanta dulzura el placer de la palabra, nunca había visto tan claramente que Eros alienta en ella, como en aquellas horas, peligrosamente deliciosas, en que, sentado ante una mesa rústica sombreada por la lona, teniendo ante

sus ojos al ídolo, y en los oídos la música de su voz, cinceló, siguiendo el modelo de Tadrio, aquellas páginas de selecta prosa cuya pureza, elevación y fuerte tensión sentimental habían de producir pronto la admiración de las gentes. Seguramente conviene que el mundo sólo conozca la obra bella y no sus orígenes, las condiciones que determinaron su aparición, pues el conocimiento de las fuentes en que el poeta bebe su inspiración con frecuencia la confundiría, le asustaría, dañando así al efecto de las cosas excelentes. ¡Singulares horas! ¡Esfuerzo singularmente enervador! ¡Extraño comercio fecundo del espíritu con un cuerpo! Cuando Aschenbach, terminado su trabajo, se levantó, se sintió agotado, destrozado, y le parecía oír los lamentos de su conciencia, que protestaba como si acabara de entregarse a algún desorden.

Fué a la mañana siguiente cuando, a punto de abandonar el hotel, vió desde la escalera cómo Tadrio se dirigía solo a la playa. El deseo, el sencillo pensamiento de aprovechar la ocasión de trabar alegremente conocimiento con quien, sin saberlo, le había conmovido y agitado tanto, de hablarle y gozarse en su contestación, en su mirada, surgió en él de un modo natural.

El hermoso muchacho andaba despacio, podía alcanzarle, y Aschenbach apresuró su paso. Le alcanzó cerca ya de las casetas, pensando en ponerle una mano en la cabeza, en el hombro, y una palabra, una frase

amable en francés rozaba ya sus labios. Pero en esto sintió que su corazón latía fuertemente, acaso por lo rápido de la carrera, y que, como respiraba con dificultad, sólo iba a poder hablar atropellado y tembloroso; vaciló, trató de dominarse; de pronto le pareció que iba ya demasiado tiempo muy cerca del hermoso mancebo; temió que lo notase, temió que se volviese, interrogante; hizo un último intento vano; renunció, y pasó por delante de él con la cabeza baja.

¡Demasiado tarde!—pensó en este momento—. ¡Demasiado tarde! ¿Pero era realmente demasiado tarde? Este paso, que no se había atrevido a dar, probablemente hubiera convertido la cosa en algo bueno, ligero y gozoso; hubiera producido un efecto sedante. Pero sin duda es que el artista, que ya comenzaba a envejecer, no quería el sedante, pues la exaltación en que vivía le era demasiado cara. ¿Quién puede descifrar el enigma de la naturaleza del artista? ¿Quién comprende esa fusión instintiva de disciplina y desenfreno en que consiste? Pues no querer un sedante saludable es desenfreno. Aschenbach ya no se sentía dispuesto a la autocrítica. Por gustos, por madurez espiritual, por respeto de sí mismo y por simplicidad, no le agradaba analizar los motivos de sus actos y averiguar si había dejado de realizar su propósito por mandatos de su conciencia o por debilidad y molicie. Se sentía avergonzado, tenía miedo que alguien hubiera podido observar

su carrera, su derrota; temía extraordinariamente al ridículo. Por lo demás, se reía para sus adentros de su pánico insensato. —Vencido—pensaba—, vencido como un gallo que en la pelea deja caer desfallecidas las alas. Son, sin duda, los dioses los que de este modo paralizan nuestro valor a la vista del objeto amable y arrojan por los suelos toda nuestra altivez.

Ya no cuidaba de llevar cuenta del tiempo que a sí mismo se concedía para el descanso; había dejado de pensar en el regreso; se había provisto abundantemente de dinero. Su única preocupación era que la familia polaca pudiera marcharse pronto; pero preguntando como distraídamente al peluquero del hotel, había averiguado que las señoras habían llegado poco antes que él. El sol tostaba su cara y sus manos, el excitante aire salado fortalecía su fuerza sentimental, y si antes acostumbraba aplicar a su obra todo el confortamiento que el sueño, el alimento, la Naturaleza le prestaban, ahora dilapidaba a manos llenas, en exaltación y fantasía, toda la fuerza diaria que el sol, el ocio y el aire del mar le prestaban.

Su sueño era corto. Los días, deliciosamente monótonos, estaban separados por noches breves, llenas, de feliz inquietud. Cierto que se acostaba temprano, pues a las nueve, cuando Tadrio había desaparecido, le parecía que el día había terminado. Pero a las primeras luces de la mañana le despertaba un dichoso estreme-

cimiento ligero; su corazón recordaba su aventura; no podía aguantarse en la cama, se levantaba, y envuelto en una bata ligera, para preservarse del fresco de la madrugada, se sentaba en la ventana, abierta en espera de la salida del Sol. El maravilloso acontecimiento sumía en profunda adoración a su alma, consagrada por el sueño. Cielo, tierra y mar yacían aún envueltos en la suave palidez fantástica del crepúsculo; una estrella apagada flotaba aún en el infinito. Pero venía un suave soplo, como un dulce mensaje de inasequibles lugares con la nueva de que Eros se levantaba de junto a su esposa, y acontecía aquel primer rubor dulcísimo de las lontananzas del cielo y del mar, por el cual se anuncia que la creación toma formas sensibles. Se acercaba la Diosa, la seductora de mancebos, la raptora de Kleitos y Cefalos, la que, a pesar de la envidia de todos los olímpicos, gozó los amores del bello Orión. Allá, al borde del mundo, comenzaban a deshojarse rosas en un inefable divino resplandor y floración; nubes infantiles iluminadas, esclarecidas, flotaban, como sumisos amorcillos, en el aire rosa y azul; caía un manto de púrpura sobre el mar, que parecía arrastrado hacia adelante con sus olas levantadas; puntos y manchas de oro resplandecían en el mar; el resplandor trocábase en incendio; silenciosas y con divina pujanza se erguían las ardientes llamas, y el cuadriga divino corría con cascos centelleantes por sobre la superficie de

la tierra. Iluminado por la pompa del Dios, el contemplador solitario cerraba los ojos y dejaba que el resplandor divino besase sus párpados. Sentimientos de otra época, deliciosos ímpetus tempranos de su corazón, que habían muerto con la estrecha disciplina de su vida, volvían ahora extrañamente transformados y los reconocía con sonrisa confusa y admirada. Cavilaba, ensoñaba; sus labios componían lentamente un nombre, y sonriente, con el rostro vuelto hacia arriba y las manos plegadas en el regazo, dormitaba en su butaca.

Pero el día así comenzado con esta fiesta del fuego transcurría luego exaltado y en una singular elevación mística. ¿De dónde provenía el soplo que de pronto, tan suave y misterioso, envolvía sienes y vidas, como un susurro de potencias elevadas? En el cielo se alineaban numerosas blancas nubecillas, como rebaños de los dioses que pastasen en el espacio infinito. Se levantó un viento más fuerte, y los caballos de Neptuno galopaban espumeantes. Por entre las rocas alejadas de la playa saltaban como cabritillas las olas. Aschenbach sentíase anegado en un mundo divino lleno de vida pánica, y su corazón soñaba dulces fábulas. A veces, cuando se ponía el Sol detrás de Venecia, se sentaba en un banco del parque para contemplar a Tadrio, que, vestido de blanco y con un cinturón de color, jugaba al balón, y creía estar viendo a Jacinto, y

que tenía que morir porque era objeto del amor de dos dioses. Y hasta sentía los dolorosos celos de Céfiro, del rival que olvidaba el oráculo, el arco y la cítara para jugar con el mancebo; veía cómo el dardo arrojadizo, impulsado por los celos crueles, alcanzaba la amada cabeza, recibía, palideciendo, el desfalleciente cuerpo, y la flor que brotaba de la dulce planta traía la inscripción de su lamento infinito...

Nada más extraño, más irritante que las relaciones que se establecen entre hombres que sólo se conocen de vista, que diariamente, a todas horas, se tropiezan, se observan, viéndose obligados, por la etiqueta o por propio capricho, a no saludarse ni cruzar la palabra, a mantener la apariencia de una indiferencia perfecta. Se produce entre ellos inquietud e irritada curiosidad, la historia de un deseo de conocerse y tratarse insatisfecha, artificiosamente contenida, y en especial una especie de estimación exaltada. Pues el hombre ama y honra al hombre mientras no puede juzgarle, y el deseo es engendrado por el conocimiento defectuoso.

Entre Aschenbach y Tadrio necesariamente tenía que haber cierta relación y conocimiento, y el hombre maduro pudo observar con goce que su simpatía y su atención no dejaban de ser de algún modo correspondidas. ¿Qué era, por ejemplo, lo que movió al muchacho a no entrar por la mañana, al venir a la playa, por detrás de las casetas, sino a venir por delante, pasando por junto adonde estaba Aschenbach, y en ocasiones rozando casi su mesa, su silla, para dirigirse a la caseta de los suyos? ¿Es que la fuerza atractiva, la fascinación de un sentimiento superior, obraba sobre su ánimo delicado e irreflexivo? Aschenbach aguardaba diariamente la aparición de Tadrio, y a veces se hacía el ocupado al divisarle y dejaba que pasase ante él, aparentemente inobservado; pero otras veces levantaba la vista y sus miradas se encontraban. Ambos quedaban profundamente serios cuando esto acontecía. En el rostro digno del hombre maduro nada indicaba la conmoción interior; pero en los ojos de Tadrio brillaba la curiosidad, una interrogación pensativa; su paso vacilaba; bajaba la vista, volvía a alzarla graciosamente, y cuando había pasado, algo en su actitud indicaba que sólo la urbanidad le impedía volverse.

Pero una vez, una tarde, las cosas ocurrieron de otra manera. Los hermanos polacos y su institutriz no habían estado en el comedor, y Aschenbach lo había observado con pena. Después de cenar, muy inquieto por su ausencia, salió del hotel a pasear junto a la terraza, cuando de pronto, a la luz de los faroles, vió aparecer a las cuatro hermanas con su atavío monjil, y a la institutriz, y a Tadrio, que venía unos pasos detrás. Sin duda, venían del desembarcadero, y se habían puesto a cenar, por algún motivo, en la ciudad. En el agua hacía fresco; Tadrio venía con una casaca de ma-

rinero, con botones dorados, y la gorra correspondiente. El sol y el aire del mar no habían tostado su tez, que conservaba su amarillo marmóreo de siempre; pero hoy parecía más pálido que de ordinario, quizá a consecuencia del fresco o por el resplandor de los faroles. Sus cejas, uniformes, aparecían delineadas más escuetamente, y sus ojos eran muy obscuros. Era de una indecible belleza, y Aschenbach sintió el dolor, tantas veces experimentado, de que la palabra sólo es capaz de ensalzar la belleza sensible, pero no de reproducirla. Como no esperaba la amable aparición; como le cogió descuidado, no tuvo tiempo de componer en calma y dignidad la expresión de su rostro. Así que, cuando su mirada tropezó con la del esperado, debieron pintarse abiertamente en ella la alegría, la sorpresa, la admiración, y en este instante fué cuando Tadrio le sonrió. Le sonrió expresivamente, confiadamente, abiertamente, con labios que se abrían lentamente a la sonrisa. Era la sonrisa del Narciso al inclinarse sobre el agua, que reflejaba su cara; aquella sonrisa profunda, encantada, deleitosa, con la que acompañaba a los brazos que se tienden al reflejo de la propia belleza; una sonrisa ligeramente contraída, por lo inútil de su intento de besar los delicados labios de su sombra incitante, curiosa y ligeramente atormentada, transformada y transformadora.

Aquel a quien esta sonrisa iba dirigida la recibió

como un don fatal. Quedó de tal modo conmovido, que tuvo que huir de la luz de la terraza, del jardín, y buscar con pasos apresurados el refugio de la obscuridad de la parte posterior del parque. Amonestaciones, singularmente indignadas y tiernas al mismo tiempo, se le escaparon. «¡No debes sonreír así! ¡No se debe sonreír así a nadie!» Le arrojó en un banco, y fuera de sí, aspiró el aroma nocturno de las plantas. Con la cabeza echada atrás, con los brazos colgantes, abrumado y sintiéndose a veces dominado por escalofríos, murmuró la fórmula perenne del deseo, en este caso imposible, absurdo, maldito, ridículo y, sin embargo, aun en este caso, respetable y sagrado: «¡Yo te amo!»

CAPÍTULO V

En la cuarta semana de su estancia en Venecia hizo Aschenbach algunas observaciones desagradables, referentes al mundo exterior. Primeramente le pareció notar que, a medida que avanzaba la estación, la concurrencia más bien parecía aflojar que aumentar en el hotel, y especialmente advirtió que el alemán iba disminuyendo, hasta el punto de que llegó un momento en que en la mesa y en la playa su oído sólo percibía sonidos extraños. Un día, en la peluquería adonde iba con frecuencia, atrapó una frase que le puso en cuidado. El peluquero había hablado de una familia alemana que se había ido, tras corta permanencia, y añadió, en tono ligero e insinuante: «Usted se quedará, caballero; usted no tiene miedo al mal.» Aschenbach le miró. «¿Qué mal?», replicó. El hablador enmudeció, se hizo el ocupado; pasó por alto la pregunta. Y cuando Aschenbach insistió más marcadamente, declaró que no sabía nada, y, evidentemente desconcertado, procuró desviar la conversación.

Esto era al mediodía. Después de comer, Aschenbah se fué en el vapor a Venecia, a pesar de la calma y del calor, acosado de la manía de perseguir a los hermanos polacos, a quienes había visto tomar con su institutriz el camino del embarcadero. No halló a su ídolo en San Marcos. Pero, estando sentado tomando el te en una de las mesitas instaladas en la parte sombreada de la playa, apercibió de pronto en el aire un aroma peculiar, que le pareció había venido envolviéndole todos estos días, sin haberse dado cuenta; un olor dulzarrón, oficial, que hacía pensar en plagas y lacerias y en una sospechosa limpieza. Lo examinó, y reconoció pensativo; terminó su consumación y abandonó la plaza por el lado de frente al templo. Al penetrar en las calles estrechas, el olor se hizo más agudo. En las esquinas había pegados bandos improvisos, en los cuales se advertía a la población que debía privarse de ostras y mariscos, así como del agua de los canales, a consecuencia de ciertos desarreglos gástricos que el calor hacía muy frecuentes. El carácter de estas amonestaciones era bien patente. En los puentes y plazas había silenciosos grupos de gente del pueblo, y el forastero se paraba junto a ellos inquisitivo y caviloso.

Al pasar junto a una tienda, donde había collares de coral y alhajas de amatistas falsas, le pidió explicaciones al dueño, de pie en la puerta, acerca del fatal olor. El hombre le miró seriamente y adoptó en seguida un

tono de forzada alegría. «¡Es simplemente una medida de previsión!», respondió accionando con viveza. «Una disposición de la policía, que hay que aprobar. El calor aprieta; el siroco no es bueno para la salud. En una palabra, ya comprende usted..., una medida acaso exagerada.» Aschenbach le dió las gracias y siguió. También en el vapor en que hizo el viaje de regreso al Lido percibió ahora el olor del desinfectante.

Vuelto al hotel, se dirigió en seguida al *hall*, a la mesita de los periódicos, y les pasó revista. En los extranjeros no halló nada. Los diarios locales contenían rumores, aducían cifras poco claras, reproducían negativas oficiales y dudaban de su exactitud. Así se explicaba la desaparición del elemento alemán y austriaco. Los súbditos de las demás naciones no sabían nada, sin duda; no sospechaban nada; aun no se habían intranquilizado. «¡Hay que callar!», pensó Aschenbach, excitado, volviendo a dejar los periódicos sobre la mesa. «¡Hay que guardar silencio!» Y al mismo tiempo, su corazón se sentía satisfecho de la aventura en que el mundo exterior iba a entrar. Pero la pasión, como el delito, no se encuentran a su guisa en medio del orden y bienestar cotidianos, y todo aflojamiento de los resortes de la disciplina, toda confusión y trastorno le son bien venidos, porque puede esperar obtener ventajas de ellos. Así, Aschenbach sentía una satisfacción obscura ante estos disimulos de las

autoridades de Venecia, ante este secreto inconfesable de la ciudad, que se fundía con el suyo propio y que tanto le importaba no se divulgase. Pues lo único que preocupaba al enamorado era que Tadrio pudiera marcharse, y no sin espanto había comprendido que no sabría cómo vivir si esto aconteciera.

Y ahora no se conformaba con deber la proximidad y la vista del hermoso al orden de la vida del hotel y a la casualidad. Le perseguía, le espiaba. Así, por ejemplo, los domingos nunca iban a la playa los polacos; adivinó que iban a misa a San Marcos; fué él también, y entrando desde la plaza ardiente en la penumbra dorada del templo, halló al ausente oyendo misa en un reclinatorio. Se quedó en pie, atrás, sobre el mosaico, en medio del pueblo arrodillado, que murmuraba plegarias y se santiguaba, y la pompa armoniosa del templo oriental posaba espléndida sobre sus sentidos. Ante el altar se movía, rezaba y cantaba el sacerdote, ricamente vestido; flotaba el incienso, envolviéndole en su niebla las débiles luces, y al olor dulce del humo del sacrificio parecía mezclarse solapadamente otro olor, el de la ciudad enferma. Y entre el incienso y el brillo de las luces, Aschenbach veía al muchacho, que volvía la cabeza, le buscaba y le miraba.

Cuando luego la multitud salía por las amplias puertas a la plaza resplandeciente, llena de palomas, Aschenbach se quedaba en el pórtico, escondido, al acecho. Veía a los polacos salir de la iglesia, a las muchachas despedirse ceremoniosamente de su madre, y veía cómo ésta se dirigía a casa por la Piarreta; esperaba a que el muchacho, las monjiles hermanas y la institutriz siguiesen a la derecha, pasando por la puerta de la torre del reloj, y, penetrando en la Mercería, dejaba que le tomasen alguna delantera, y luego los seguía, los seguía disimuladamente en su paseo por Venecia. Tenía que pararse cuando se detenían; tenía que guarecerse en un portal o en un patio cuando daban la vuelta de pronto para dejarlos pasar. Los perdía, los buscaba, cansado y acalorado, por puentes y sucios callejones, y soportaba minutos de pena mortal cuando de pronto aparecían en algún estrecho paso en el que no había modo de apartarse. Sin embargo, no puede decirse que sufriese. Su corazón y su cabeza estaban como embriagados, y sus pasos seguían las inspiraciones del espíritu maligno, que se goza en pisotear la razón y la dignidad de los hombres.

A veces, Tadrio y los suyos tomaban en cualquier parte una góndola, y Aschenbach, que mientras subían a ella se había mantenido oculto detrás de una columna, de una fuente, hacía lo propio poco después de haber arrancado su góndola. Hablaba ansioso y con voz sofocada para advertirle al marinero, ofreciéndole una buena propina, que siguiese incesantemente, a alguna distancia, aquella góndola que doblaba la esqui-

na, y se avergonzaba cuando el hombre, con picaresca conformidad, le aseguraba que le serviría, que le serviría en conciencia.

La embarcación se deslizaba, pues, balanceándose en el agua, y él yacía recostado en los blandos almohadones negros, siguiendo a la otra embarcación negra, con su pico afilado, tras cuyas huellas la pasión le empujaba. En ocasiones, la perdía de vista, y entonces se sentía poseído de inquietud y dolor. Pero su conductor, que debía estar habituado a estos menesteres, acertaba siempre a poner ante sus ojos lo perseguido, por medio de astutas maniobras, rodeos y atajos.

El aire estaba en calma, y el Sol quemaba, a través de las tenues nubes coloreadas que lo envolvían. El agua golpeaba sordamente madera y piedra en los canales. Los gritos del gondolero, medio aviso, medio saludo, eran respondidos desde lejos, en el silencio del laberinto, según señales singulares convenidas.

En los muros altos de los jardines reducidos colgaban masas de flores blancas y púrpura oliendo a almendras. Las escaleras de mármol de una iglesia descendían hasta el agua; un mendigo, de pie en uno de los peldaños, tendía su sombrero exponiendo su miseria, y enseñaba el blanco de los ojos como si estuviese ciego; un vendedor de antigüedades, ante su tenducho, invitaba a entrar a los que pasaban, con gestos humildes, esperando poder engañarlos. Esta era Venecia, la bella insinuante y sospechosa; esa ciudad, ciudad encantada, de un lado, y trampa para los extranjeros, de otro, en cuyo aire pútrido brilló un día, con pompa y molicie, el arte, y que prestaba a los músicos sones que adormecían y enervaban. Al aventurero parecíale que sus ojos recogían todo aquel esplendor, que sus oídos estaban envueltos en aquellas melodías; recordaba también que la ciudad estaba enferma y que lo ocultaba por codicia, y corría con ansia desenfrenada hacia la góndola que marchaba ante él.

Así, el extraviado no sabía ni quería otra cosa que seguir sin descanso al objeto de su apetencia, soñar con él, cuando estaba ausente, y, a la manera de los enamorados, decirle tiernas palabras a su evocación. La soledad, lo exótico del ambiente en que vivía y la dicha que le anegaba le convencían y animaban para entregarse sin rubor ni vergüenza hasta a lo más extravagante; así le había ocurrido que, volviendo un día tarde de Venecia, se había detenido en el primer piso del hotel, ante la puerta del mancebo; había apoyado su frente en el marco de la puerta, sintiéndose completamente enajenado, a trueque de verse sorprendido en situación tan insensata.

Sin embargo, no faltaban momentos en que se detenía y medio reflexionaba. «¡Por qué caminos me pierdo!», pensaba entonces con espanto. ¡Por qué caminos! Como todo hombre a quien sus méritos nativos han

infundido algún interés aristocrático, por su ascendencia se había habituado en todos los actos de su vida a recordar la vida de sus antepasados, a asegurarse en espíritu su consentimiento, su aquiescencia, su aprecio forzoso. También ahora, en ocasiones, enredado en una aventura de este género, perdido en tan exóticos extravíos del sentimiento, recordaba la severidad y varonil apostura de sus ascendientes y sonreía melancólico. ¿Qué dirían? Pero ¡qué dirían sobre toda su vida, que se había desviado de la de ellos, hasta caer en la degeneración, sobre esta vida dedicada al arte, de la cual él mismo, en sus años juveniles, se había burlado, influído por el espíritu burgués de sus antepasados, y que había sido tan semejante a la de ellos en el fondo! También él había hecho su servicio: él también había sido soldado y guerrero como muchos de ellos, pues el arte era una guerra, una pugna agotadora, para la cual los hombres de hoy ya no tenían resistencia. Una valla de contención y dominio de sí mismo, una vida recia, constante y sobria, que él había elaborado en sus obras como la forma sensible del heroísmo moderno. Podía llamar varonil a esa vida, podía calificarla de valiente, y hasta le parecía que el Eros que se había adueñado de él, de algún modo, era también adecuado y favorable a una vida semejante. ¿No había gozado de alto prestigio en los pueblos más valientes; no se decía que había florecido

por el valor en sus ciudades? Numerosos héroes guerreros de la antigüedad habían llevado su yugo, pues no había humillación alguna en obedecer los caprichos del Dios, y acciones que si se hubiesen hecho por otros motivos hubieran sido censuradas como obra de cobardía—caer de hinojos, jurar, súplicas persistentes, sumisión de esclavo—, no sólo no redundaban en desdoro del amante, sino que por ellas cosechaban grandes alabanzas.

Así pensaba en el trastorno de su espíritu; de este modo trataba de justificarse, de mantener su dignidad. Pero, al mismo tiempo, su atención estaba siempre fija, avizorando lo que ocurría en el interior de Venecia, en aquella aventura del mundo exterior, que obscuramente se acordaba con la de su corazón y que alimentaba su pasión con vagas esperanzas irregulares. Para saber algo nuevo y seguro acerca del estado y los progresos del mal, recorría, en los cafés de la ciudad, los periódicos locales, que habían desaparecido, desde hacía varios días, de la mesa del *hall* del hotel. En ellos alternaban afirmaciones y rectificaciones. Por una parte se decía que el número de defunciones ascendía a veinte, a cuarenta, a ciento, incluso a más; pero de otro lado, la existencia de la peste, si no se negaba en redondo, se limitaba a casos aislados, que habían venido de afuera. Y, diseminadas acá y allá, advertencias amonestadoras, protestas contra el peligro, ruegos de las autoridades.

No había manera de adquirir una certidumbre. El solitario creía, sin embargo, tener cierto derecho a compartir el secreto, y, aunque excluído de él, hallaba una satisfacción extraña en dirigir preguntas a los que estaban enterados y en obligar a mentir descaradamente a los oblígados a callar. Un día, durante el desayuno, interrogó al encargado, al hombre aquel chiquitito, que andaba suavemente, con su levita de corte francés, saludando y vigilando el servicio, y que se había parado ante Aschenbach, dirigiéndole algunas frases afables.

—¿Por qué—preguntó el huésped en tono desenfadado—, por qué es desinfectada Venecia de algún tiempo a esta parte?

—Se trata—respondió el otro—de una medida de Policía encaminada a prevenir con tiempo todas las alteraciones de la salud pública que podía originar el tiempo, excesivamente bochornoso.

—Me parece acertada la conducta de la Policía—asintió Aschenbach; y después de haber cruzado algunas observaciones meteorológicas pertinentes al caso, el encargado se despidió.

El mismo día, después de cenar, aparecieron en el jardín del hotel unos músicos callejeros de la ciudad. Eran dos hombres y dos mujeres, y estaban alrededor del poste de hierro de uno de los focos, con sus rostros, iluminados por la luz blanca, vueltos hacia la gran terraza donde los huéspedes del hotel tomaban café y

refrescos y escuchaban aquella producción de arte popular. El personal del hotel, botones, camareros y empleados, escuchaban también a las puertas del *hall*. La familia rusa, siempre propicia a toda diversión, había hecho que bajasen unas sillas de mimbre al jardín, para estar más cerca de los ejecutantes, y se había sentado en semicírculo. Detrás de los señores estaba, en pie, la vieja esclava, con una tela arrollada a la cabeza, en forma de turbante.

Los instrumentos que manejaban los músicos mendigos eran una mandolina, una guitarra, un acordeón y un violín. Alternaban números instrumentales con números de canto, en los cuales la muchacha más joven, con una voz chillona y estridente, cantaba dúos amorosos sentimentales, con el tenor de voz dulzona, de falsete. Pero el director de la sociedad, y el verdadero número de fuerza, era indudablemente el otro hombre, que tocaba la guitarra y cantaba al mismo tiempo. Era una especie de barítono bufo; no tenía apenas voz, pero poseía una mímica muy expresiva y una extraordinaria fuerza cómica. A veces, se apartaba del grupo, con su guitarra bajo el brazo, y se adelantaba, accionando, hacia la terraza, donde sus payasadas se recibían con risas animadas. Especialmente los rusos se mostraban admirados de semejante vivacidad meridional, y con sus aplausos y gritos de aprobación le estimulaban a producirse cada vez con más osadía y más firme segu-

ridad. Aschenbach, sentado ante la balaustrada, se humedecía de cuando en cuando los labios con un refresco de granadina y sifón, que brillaba, con color de rubí, en el vaso. Sus nervios acogían ansiosos los lánguidos tonos, las melodías sentimentales y vulgares: que la pasión paraliza el sentido crítico y recibe con delicia todo aquello que serenamente se soportaría con disgusto. Sus facciones, excitadas por las farsas del histrión, se habían contraído en una sonrisa fija y ya dolorosa. Estaba indolentemente sentado, mientras prestaba máxima atención a la figura de Tadrio, apoyado sobre el antepecho de piedra, a unos pasos de él.

Tenía puesto el traje blanco con que a veces bajaba a cenar, con su gracia inevitable, con los pies cruzados, con la mano derecha posada sobre la cadera, y miraba a los músicos con una expresión que no era apenas sonrisa, sino puramente lejana curiosidad, atención cortés. A veces, se erguía, y ensanchando el pecho, con un gracioso movimiento de ambos brazos, se bajaba la blusa blanca por el cinturón de cuero. Otras veces, Aschenbach lo veía con una sensación de triunfo, con estremecimiento y cierto espanto, vacilante y tímido; o también, apresurado y súbito, como si se tratase de una sorpresa, volvía la cabeza y miraba por encima del hombro izquierdo hacia el sitio que él ocupaba. No se encontraban sus ojos, pues una preocupación lamentable obligaba al extraviado a contener, temeroso,

sus miradas. En el fondo de la terraza estaban sentadas las mujeres que cuidaban de Tadrio, y el enamorado había llegado a temer que hubiesen notado algo y sospechasen de él. Algunas veces, en la playa, en el *hall* del hotel y en la plaza de San Marcos, había creído notar que llamaban a Tadrio cuando le veían próximo a él, que trataban de mantenerlo a distancia, en lo que se encerraba una ofensa monstruosa que atormentaba su orgullo de un modo desconocido.

Entre tanto, el guitarrista había empezado a cantar un solo, que se acompañaba él mismo, una canción callejera muy popular por entonces en toda Italia, con un estribillo en el que entraban todas las voces y todos los instrumentos de la sociedad, y que recitaba con gran fuerza plástica y dramática. Delgado de cuerpo y flaco y escuálido también de cara, se había colocado a alguna distancia de los suyos, con el gastado sombrero de fieltro sobre la nuca, dejando al descubierto un mechón de cabellos rojos, en una actitud de cinismo y bravata, y acompañado por su guitarra, o iba arrojando a la terraza, en un expresivo recitado melódico, sus chistes, mientras el esfuerzo hacía que se le hinchasen las venas de la frente. No parecía ser de casta veneciana, sino más bien del tipo de los cómicos napolitanos, medio *maquereau*, medio comediante, brutal y cínico, peligroso y entretenido. La canción, cuya letra era estúpida, adquiría en su boca, gracias a sus mue-

cas, a sus gestos, a su manera de guiñar el ojo expresivamente y de hacer jugar con la lengua en los ángulos de la boca, un sentido equívoco vagamente indecoroso. De aquel cuello blanco de *sport*, que traía para completar su traje corriente, emergía gruesa y puntiaguda su nuez. Su cara pálida, de nariz achatada, en cuyos rasgos era difícil leer su edad, aparecía surcada de arrugas, huellas de vicios y excesos, y acordaban de un modo muy extraño, con las contracciones de su movida boca, las dos arrugas tersas dominadoras, casi brutales, que se ahondaban entre sus cejas. Pero lo que realmente hacía que la atención del solitario se concentrase en él era que la equívoca figura parecía traer también consigo una atmósfera equívoca. Cada vez que al comenzar de nuevo el estribillo del cantante emprendía una grotesca marcha en derredor, que le hacía pasar muy cerca de Aschenbach, salía de él una oleada de aquel olor sospechoso que envolvía a la ciudad.

Terminado el canto, procedió a hacer su colecta. Comenzó por los rusos, que le dieron con agrado, y luego subió las escaleras. Todo el cinismo que había mostrado al recitar, trocábase ahora en humildad. Haciendo profundas reverencias, iba deslizándose por entre las mesas, y una sonrisa de picaresca sumisión ponía al desnudo sus robustos dientes, mientras las dos arrugas se hundían amenazadoras entre sus cejas. Las

gentes consideraban su aspecto exótico y pintoresco con curiosidad y un matiz de repugnancia; arrojaban en su sombrero las monedas con la punta de los dedos, y se guardaban muy bien de tocarlo. La supresión de la distancia material entre el comediante y la correcta sociedad, a pesar del placer que les había causado, les producía cierta perplejidad. Él lo sentía así, y trataba de disculparse a fuerza de empequeñecerse. Llegó donde estaba Aschenbach, y vino con él el olor que no parecía dar cuidado a la concurrencia.

—¡Oiga!—dijo el solitario a media voz y casi maquinalmente—. Desinfectar a Venecia. ¿Por qué?—El payaso respondió con voz un poco ronca: —Por la Policía. Está indicado por el calor y el siroco. Ya ve usted cómo oprime el siroco... No es bueno para la salud.

Hablaba como asombrado de que pudieran preguntarse semejantes cosas, y con la mano plana indicaba gráficamente cómo oprimía el siroco.

—¿De modo que no hay ninguna epidemia en Venecia?—preguntó Aschenbach muy bajo, hablando entre dientes. Los musculosos rasgos del histrión se contrajeron expresando un asombro cómico.

—¿Una epidemia? ¿Qué clase de epidemia va a haber? ¿Es el siroco una epidemia? ¿Acaso es una epidemia nuestra Policía? ¡Usted bromea! ¡Una epidemia! ¡No diga usted eso! No es más que una medida de previsión

de la Policía, ¿entiende usted? Una disposición en vista de lo bochornoso del tiempo.

Y acabó en una serie de gestos.

—Está bien—dijo Aschenbach rápidamente y en voz baja, y dejó en el sombrero una moneda desproporcionada. Luego le hizo al hombre una señal de que podía irse. Éste obedeció, haciéndole muecas y reverencias. Pero antes de llegar a la escalera, se arrojaron sobre él dos empleados, y con sus rostros muy cerca del suyo le sujetaron en voz baja a un interrogatorio. Él se encogía de hombros, aseguraba, juraba que había estado discreto, se reía.

Al cabo, dejáronle ir, y tras de una corta deliberación con los suyos bajo el foco del jardín, cantó una canción de gracias y despedida.

Era una canción que el solitario no recordaba haber oído jamás; una canción popular, en un dialecto incomprensible, que terminaba en un jocundo estribillo que coreaba a pulmón lleno toda la banda. En este estribillo no había palabras, y los instrumentos callaban, y no quedaba más que una risa rítmicamente ordenada no se sabe cómo, pero que parecía espontánea, a la que especialmente el solista, con su gran talento cómico, comunicaba una vivacidad extremada. Una vez restablecida la debida distancia entre él y la concurrencia, había recobrado su cinismo, y sus carcajadas rítmicas, que enviaba desvergonzadamente a la terraza, sonaban a burla. Ya al final de la parte articulada parecía luchar con un irrefrenable deseo de reír. Se entrecortaba, vacilaba su voz, oprimía la boca con la mano, contorsionaba los hombros, y en el momento de comenzar el estribillo, la risa irrumpía, saltaba, estallaba en él con ímpetu irresistible, con tal verdad, que se hacía contagiosa, comunicándose al auditorio, de modo que toda la terraza era presa de un regocijo sin objeto, que sólo se alimentaba de sí mismo. Pero esto a su vez reduplicaba la jocundidad del cantante. Doblaba las rodillas, se golpeaba en los muslos, se cogía las caderas, parecía que iba a desmayarse; ya no reía: gritaba, aullaba. Señalaba con el dedo hacia arriba, como indicando que nada había tan cómico como la riente sociedad de la terraza, y al final, todos reían a carcajadas, en el jardín y arriba, hasta los camareros, los botones y los criados, asomados a las puertas.

Aschenbach no descansaba ya indolentemente en su silla; se había sentado erguido, como en ademán de defensa o fuga. Pero las risas, el olor de hospital que hasta él llegaba y la proximidad del hermoso mancebo se complicaban en un estado de pesadilla que implacablemente envolvía su cabeza y sus sentidos. En medio de la agitación y abandono generales, se atrevió a mirar a Tadrio, y notó que, respondiendo a su mirada, conservaba igualmente su seriedad, como si su conducta y la expresión de su fisonomía siguiesen las del otro, y

como si toda esta animación que le rodeaba nada pudiesen sobre él, puesto que no le hacían efecto al otro. Ésta docilidad infantil tenía algo tan desarmador, tan conmovedor, que a Aschenbach le costó trabajo contenerse para no esconder la cara entre las manos. También le había parecido que cuando Tadrio se erguía, en ocasiones le provenía de una opresión del pecho, que se resolvía en un suspiro. «Es enfermizo; probablemente, no llegará a viejo», pensaba con aquella frialdad con que, en ocasiones, embriaguez y exaltación se emancipan de un modo singular. Y su corazón se llenaba de pura compasión, junto con un sentimiento de satisfacción malsana.

Entre tanto, los venecianos habían terminado, y desfilaban. La gente los despedía con aplausos, y el director no quiso marcharse sin adornar la salida con algunas payasadas. Comenzó a hacer reverencias y a tirar besos con las manos, que excitaban la hilaridad de la concurrencia, lo cual hacía que él acentuase más y más lo grotesco de sus movimientos y gesticulaciones. Cuando ya los suyos estaban fuera, hizo como si al salir retrocediendo hubiera tropezado en el poste de uno de los focos, y lastimándose se fué hacia la puerta, haciendo contorsiones de dolor. Pero una vez en la puerta, arrojó su máscara de bufón, se irguió elásticamente, le sacó cínicamente la lengua a la concurrencia y se sumió en la obscuridad.

La gente fué dispersándose poco a poco; Tadrio había desaparecido de la balaustrada. Pero el solitario se quedó aún largo rato, provocando la irritación de los camareros, sentado en su mesa, ante los restos del refresco de granadina. La noche avanzaba, fluía el tiempo. En casa de sus padres, hacía muchos años había un reloj de arena...; de pronto vió ante sí, como gran claridad, el frágil aparato. La arena roja y fina corría incesantemente por la estrechura de cristal, corría, monótona y silenciosa, eternamente...

Al día siguiente, por la tarde, dió un nuevo paso en la investigación de los acontecimientos del mundo exterior, y esta vez con todo el éxito posible. En la plaza de San Marcos entró en una agencia de viajes inglesa, y luego que hubo cambiado alguna moneda, dirigió al empleado que le había servido, adoptando el aspecto de forastero desconfiado, la pregunta fatal. El empleado era un verdadero inglés, correctamente vestido, todavía joven, con el pelo partido por la mitad, y emanaba de él esa firme lealtad que resulta tan exótica, tan maravillosa en el Mediodía, donde abunda la expresión picaresca. Comenzó con la eterna cantinela: «No hay ningún motivo de alarma, sir. Una medida sin importancia seria. Disposiciones de esa naturaleza se toman frecuentemente para prevenir los posibles daños del calor y del siroco...»

Pero, al levantar sus ojos, se encontró con la mirada

del forastero, una mirada cansada y un tanto triste, que con un ligero tinte de desprecio se posaba en él. El inglés enrojeció. «Esta es, al menos—siguió a media voz y con cierta vivacidad—, la explicación oficial, con la que aquí tienen a bien conformarse. Pero le diré que hay algo más detrás de esto.» Y luego, en su lenguaje honrado y preciso, contó lo que realmente ocurría.

Desde hacía varios años, el cólera indio venía mostrando una tendencia cada vez más acentuada a extenderse. «Nacida en los cálidos pantanos del Delta del Ganges, llevada por el soplo mefítico de aquellas selvas e islas vírgenes, de una fertilidad inútil, evitadas por los hombres, en cuyas espesuras de bambú acecha el tigre, la peste se había asentado de un modo duradero, causando estragos inauditos, en todo el Indostán; se había corrido por el Oriente hasta la China y por Occidente hasta Afganistán y Persia, y siguiendo la ruta de las caravanas, había llevado sus horrores hasta Astrakán y hasta el mismo Moscú. Y mientras Europa temblaba, temerosa de que desde allá entrase el espectro por tierra, la peste venía navegando en varios barcos sirios, había aparecido casi al mismo tiempo en varios puertos del Mediterráneo; había mostrado su lívida faz en Tolón y Málaga, en Palermo y Nápoles; había producido varias víctimas, y estallaba su intensidad en Calabria y Apulia. El norte de la Península había quedado inmune. Pero a mediados de mayo de este año, se

habían descubierto en Venecia, en el mismo día, los terribles síntomas del mal en los cadáveres negros, descompuestos, de un marinero y de una verdulera. Estos casos se mantuvieron en secreto. Pero a los pocos había diez más, veinte, treinta, y en diversos barrios de la ciudad. Un hombre de una villa austriaca, que había venido a pasar unos días en Venecia, murió en su tierra, al volver, mostrando huellas indudables, y de este modo llegaron a la Prensa alemana las primeras noticias de la peste. Las autoridades de Venecia respondieron que nunca había sido más favorable el estado sanitario de la ciudad, y tomaron las medidas más necesarias para combatir el mal. Pero, probablemente, estaban infestados los alimentos: las legumbres, la carne, la leche; pues la peste, negada y escondida, seguía haciendo estragos en las callejuelas angostas, y el prematuro calor del verano, que calentaba las aguas de los canales, favorecía extraordinariamente su propagación.

Hasta parecía como si la peste hubiera recibido nuevo alimento y se hubiese duplicado la tenacidad y fecundidad de sus productores. Los casos de curación eran raros. De cien atacados morían ochenta, y lo hacían del modo más horrible; pues el mal aparecía con extraordinaria violencia, y frecuentemente se presentaba en la más violenta de sus formas: *la seca*. El cuerpo no lograba ni siquiera expulsar las grandes cantidades

de agua que salían de los vasos sanguíneos. A las pocas horas, el enfermo moría ahogado por su sangre, convertida en una substancia pastosa como pez, en medio de espantosas convulsiones y roncos lamentos. Podía considerarse feliz aquel en quien, como a veces acontecía, el ataque, después de un malestar ligero, se le producía en forma de un desmayo profundo, del que nunca o rara vez despertaba. A principios de junio, se habían ido llenando silenciosamente las barracas aisladoras del hospital cívico. En los dos hospicios empezaba a faltar sitio, y había un inmediato movimiento hacia San Michele, la isla del cementerio. Pero el temor a los perjuicios que sufriría la ciudad, la consideración a la Exposición de cuadros que acababa de abrirse, a los jardines públicos y a las grandes pérdidas que un pánico producía en hoteles, comercios y en todos los que vivían del turismo, pudieron más en la ciudad que el amor a la verdad y el respeto de los convenios internacionales; y así, las autoridades siguieron tercamente su política de silencio y de negación. El funcionario sanitario superior de Venecia, un hombre honrado, había dimitido lleno de indignación, y había sido reemplazado inmediatamente por otra persona menos escrupulosa y más flexible.

El pueblo sabía todo esto, y la corrupción de los de arriba, junto con la inseguridad reinante, con el estado de agitación e inquietud en que ponía a la ciudad la

cercana inminencia de la muerte, habían engendrado una cierta desmoralización de las capas inferiores; los instintos obscuros y antisociales se habían sentido animados, y se extendía un desorden y una criminalidad crecientes. Por las noches se veían, contra la costumbre, muchos borrachos; se decía que a altas horas las calles no ofrecían seguridad; se habían dado casos de atracos y hasta graves delitos de sangre, pues ya por dos veces se había comprobado que personas que aparentemente habían fallecido a consecuencia de la peste, en realidad habían sido víctimas del veneno de sus deudos, mientras la lujuria profesional tomaba formas desvergonzadas y degeneradas, que aquí no se habían visto, y que sólo podían encontrarse en el Mediodía del país o en Oriente.

La consecuencia que de todas estas cosas sacó el inglés fué decisiva.

—Haría usted bien en marcharse, mejor hoy que mañana. Pues antes de muy pocos días se nos habrá acordonado.

—Muchas gracias—respondió Aschenbach, y abandonó el despacho.

La plaza yacía en el bochorno de un día nublado. Forasteros ignorantes estaban sentados en las terrazas de los cafés, o andaban por delante de la iglesia, toda cubierta de palomas, mirando cómo los pájaros, batiendo sus alas y empujándose unos a otros, se preci-

pitaban sobre los granos de maíz que les mostraban en la palma de la mano. El solitario paseaba arriba y abajo por el magnífico patio, en una excitación febril, gozoso de poseer la verdad, y con un sentimiento de repugnancia en la lengua y un fantástico estremecimiento en el corazón. Pensaba en un acto depurador y honrado. Esta noche, después de cenar, podía acercarse a la señora ataviada con costosas perlas, y hablarle de este modo, que él literalmente se imaginaba: «Permita usted, señora, al extranjero servirla con un consejo, una advertencia que la codicia le niega. Váyase usted inmediatamente con Tadrio y con sus hijas. Venecia está apestada.» Luego podía posar la mano, en señal de despedida, sobre la cabeza del instrumento de una deidad maligna, apartarse y huir de este pantano.

Pero al propio tiempo sentía que estaba muy lejos de querer dar en serio un paso semejante. Le traería la calma, le volvería a sí mismo; pero el que está fuera de sí, nada aborrece tanto como volver a su ser propio. Recordaba una edificación blanca, adornada con inscripciones orientales, en cuya penetrante mística se habían perdido los ojos de su espíritu. Recordaba luego aquella figura viajera que había evocado en el hombre maduro sentimientos juveniles de nostalgia hacia lo lejano y lo exótico, y el sentimiento de la vuelta a casa, de la calma, la sobriedad, el esfuerzo y la maestría le

repugnaban de tal modo, que su rostro se contraía en un dolor físico. «¡Es preciso callar!», murmuró con energía; y luego: «¡Callaré!» La conciencia de su complicidad le embriagaba como embriagan en un cerebro enfermo pequeñas cantidades de vino. El cuadro de la ciudad enferma y desmoralizada, que brillaba en su imaginación, encendía en él esperanzas confusas que traspasaban los linderos de la razón y eran de una infinita dulzura. ¿Qué valía la apacible dicha con que había soñado comparada con estas esperanzas? ¿Qué valían el arte y la virtud frente a la representación del caos? Se calló, y se fué.

Aquella noche tuvo un sueño terrible, si puede llamarse sueño a un acontecimiento corporal-espiritual, ocurrido, es cierto, plenamente dormido y en completa independencia; pero que se había desarrollado propiamente en su alma; los acontecimientos que pasaban ante él, y que venían de afuera, quebrantaron su resistencia, una resistencia profunda y espiritual; violentamente asoladores penetraron en su alma, y dejaron arrasada su existencia y toda la cultura de su vida.

Inicióse con miedo. Miedo y placer y una curiosidad estremecida por lo que iba a venir. Reinaba la noche, y sus sentidos estaban en acecho, pues de lejos acercábase un confuso estrépito formado por mil ruidos entremezclados, penetrados todos y dominados por la dulzura de los sonidos de una flauta profundamente

excitante, que producía una sensación de enervamiento y despertaba en las entrañas un irrefrenable ardor sensual. Se oía también un grito estridente que acababa en una *u* prolongada. Y de pronto se le ocurrió una palabra obscura, pero que designaba lo que venía. ¡El Dios desconocido! Súbitamente el lugar se iluminó con un fuego humeante, y vió un paisaje de montaña análogo al de su quinta en verano. Y en la luz vacilante y temblorosa, desde la cumbre poblada de árboles, descendía el furioso torbellino, el torrente de hombres y animales, gritando ferozmente, y la ladera del monte se inundaba de cuerpos, llamas, y ardía un tumulto ensordecedor y una danza frenética. Mujeres que caminaban con trajes de pieles muy largos, con las cabezas echadas hacia atrás, tocaban panderetas, blandían antorchas encendidas o puñales desnudos, se arrollaban serpientes a la cintura o traían, gritando locamente, sus pechos en ambas manos. Hombres, con cuernos en la frente, con pieles al hombro, alzaban brazos y piernas, hacían sonar bandejas de metal y golpeaban furiosamente sobre tambores, mientras niños desnudos, con varas floridas, pinchaban a machos cabríos, a cuyos cuernos se agarraban, dejando que los arrastrasen en sus saltos entre gritos estridentes.

Y la turba, enloquecida, expelía un grito de suaves sonidos que terminaba en una *u* prolongada, un grito dulce y estridente al mismo tiempo. Sonaba aquí prolongado y retorciéndose en el aire como brotado de un cuerno, y un coro de muchas voces lo repetía; el grito los excitaba a bailar y a echar al aire piernas y brazos, y no callaban nunca. Mas todo ello resultaba penetrado y dominado por el sonido hondo y atractivo de la flauta. ¿No le traía también a él, que trataba de resistir la tentación, a la fiesta y al júbilo enloquecido del sacrificio extremo? Era grande su repugnancia, grande su temor, sincera su voluntad de amparar hasta el último extremo lo suyo contra el extraño, contra el enemigo del espíritu digno y asentado. Pero el estrépito, el ululante griterío, multiplicado por los ecos sonoros de la montaña, acrecía, lo dominaba todo, se hendía, trocándose en una locura arrebatadora. Se adueñaban de los sentidos aromas penetrantes, el olor acre de los machos cabríos, el de los cuerpos sudorosos y jadeantes, una ponzoña como de aguas pútridas junto con otro olor conocido a heridas y peste. Con los golpes de los tambores martilleaba su corazón, su cerebro ardía, sentíase poseído de ciega furia, de deslumbramiento, y con una voluptuosidad ardiente, su alma ansiaba agregarse a los coros del Dios. Se había desnudado y alzado el símbolo obsceno, de madera, de tamaño gigantesco, y entonces se desencadenó, desenfrenada, la orgía. Con los labios espumeantes, bailaban y saltaban, se excitaban mutuamente con gestos obscenos y con manos ávidas; riendo y ululando, se introducían unos y otros en las

carnes las caras con puntas de metal y se lamían la sangre que brotaba. Pero con ellos, en ellos, estaba el soñante, ya sumiso al Dios extraño. Eran él mismo, cuando se arrojaron poseídos de ardor homicida sobre los animales, desgarrándose y comiéndose los pedazos calientes, cuando sobre el césped removido comenzó en honor del Dios una confusión sin nombre. Y su alma probó el desenfreno y la furia de la caída.

Despertó de este sueño enervado, deshecho y sin fuerza ya para resistir al espíritu tentador. Ya no temía las miradas observadoras de las gentes; no le importaba despertar sus sospechas. Además, huían todos, se iban; había numerosas casetas vacías; en las mesas del comedor quedaban muchos huecos, y en la ciudad era raro encontrarse con un forastero. Pero la mujer ataviada con tan ricas perlas permanecía con los suyos, a pesar de que la verdad parecía haberse abierto camino y de que el pánico cundía, sin que lograsen contenerlo todos los esfuerzos de los interesados. Fuese porque los rumores que circulaban no llegasen hasta ella, o por ser demasiado orgullosa para ceder a ellos, Tadrio y los suyos no se iban. Aschenbach, en su obsesión, a veces imaginaba que la huída y la muerte podría hacer desaparecer toda la vida en derredor y dejarlos solos a él y al hermoso mancebo en esta isla; cuando, por las mañanas, a la orilla del mar, su mirada trágica, perdida, descansaba obsesionada en el deseado; cuando a

la caída de la tarde le seguía infamemente por callejuelas en que la muerte repugnante escogía en secreto a sus víctimas, lo monstruoso le parecía posible y toda moralidad abolida. Como cualquier amante, deseaba agradar, y tenía un temor amargo de que no le fuera posible conseguirlo. Añadía a su traje detalles que lo animasen; se ponía alhajas y se perfumaba; empleaba varias veces al día largo rato en su tocado, y bajaba a la mesa lleno de excitación y ansiedad. Pensando en la dulce juventud que le atraía, le repugnaba su cuerpo, que ya comenzaba a envejecer. La vista de sus cabellos grises, de sus arrugas, le llenaba de vergüenza y desesperanza. Sentía la necesidad de componerse y restaurarse, y visitaba a menudo al peluquero de la casa.

Recostado en un sillón, con la bata de afeitarse, entre las manos cuidadosas del incorregible hablador, consideraba tristemente en el espejo su cara.

—Canas—decía con gesto amargo.

—Algunas—respondía el otro—. Esto proviene de un pequeño descuido, de una indiferencia por lo exterior que en personas notables es comprensible, pero que no puede alabarse en absoluto, tanto más cuanto que tales personas debían estar libres de prejuicios en punto a diferencias entre lo natural y lo artificial. Si la severidad moral con que ciertas gentes miran las artes cosméticas fuese lógica y se extendiese hasta sus dientes, producirían repugnancia. En último término,

tenemos tan sólo la edad que tengan nuestro espíritu y nuestro corazón, y a veces el pelo gris es menos verdad que la corrección tan censurada lo sería. En su caso de usted, señor mío, se tiene derecho al color natural de su pelo. ¿Me permite usted devolverle, sencillamente, lo que es suyo?

—¿Y eso cómo?—respondió Aschenbach.

Sin más preámbulos, el interpelado lavó el pelo del huésped con dos clases de agua, una clara y otra obscura, y lo dejó negro como en su juventud. Lo arregló luego, dió un paso atrás y se quedó contemplando su obra.

—Ahora sólo falta resfrescar un poco la piel de la cara.

Y como quien no puede acabar, como a quien nada le parece suficiente, con una actividad cada vez más animada, pasó de una tarea a otra. Aschenbach, cómodamente arrellanado, incapaz de resistencia, más bien excitado y lleno de esperanza en lo que acontecía, veía en el espejo que sus cejas se enarcaban más pronunciadas y más uniformes, que se alargaban sus ojos, que aumentaba su brillo, por unos ligeros toques de pintura en el párpado inferior; veía que hacia abajo, allí donde la piel había tomado un tinte sombrío de cuero, aparecía un delicado carmín; sus labios pálidos se coloreaban como fresas, y los surcos de las mejillas y la boca, las arrugas de los ojos desaparecían bajo la

crema; su corazón palpitaba estremecido, viendo aparecer ante sus ojos aquella renovada juventud. El peluquero se dió al cabo por satisfecho, y, como es uso entre esta gente, dió las gracias a su parroquiano con humilde cortesía. «¿Ve usted qué fácilmente?», dijo dando los últimos toques a la «toilette» de Aschenbach. «Ahora puede enamorarse el señor sin reparo.» Aschenbach salió ebrio de felicidad, confuso y temeroso. Su corbata era roja, y su ancho sombrero estaba rodeado por una cinta de profusos colores.

Soplaba un viento cálido, de tormenta. Llovía pocas veces y en escasa cantidad, pero el aire era húmedo, pesado y lleno de olores putrefactos. El viento silbaba, azotaba, rugía, y a Aschenbach, febril, bajo su pintura, parecíale que andaban por el espacio espíritus maléficos del viento, aves agoreras que venían del mar, que revolvían en su comida, la brozaban y la llenaban de excrementos. Pues con el bochorno se le había ido el apetito, y tenía la impresión de que los alimentos estaban envenenados con substancias contagiosas.

Una tarde, Aschenbach, siguiendo las huellas del mancebo, se había sumido en el laberinto de callejuelas de la ciudad enferma. Su estado febril hacía que anduviera desorientado. Las callejas, los canales, fuentes y plazuelas del laberinto se parecían demasiado unas a otras, por lo cual procuraba no perderle de vista, y obligado a esconderse de un modo lamentable,

oprimido contra un muro, buscando protección tras algún transeunte que le precedía, perdida la conciencia, del cansancio y agotamiento en que habían sumido a su espíritu y a su cuerpo, su excitación sentimental y la perpetua ansiedad en que vivía.

Tadrio iba detrás de los suyos; en las estrechuras solía dejar paso a la institutriz y a sus hermanas, y caminando solo, de cuando en cuando volvía la cabeza para asegurarse con una mirada de sus singulares ojos de ensueño de que Aschenbach le seguía. Veíale y no le denunciaba. Embriagado con esta observación, atraído por estos ojos, guiado en la cuerda de la locura por la pasión, el enamorado perseguía su monstruosa esperanza obsesionada, hasta que al cabo los perdió. Los polacos habían atravesado un puente ligeramente combado; la altura del arco los escondía a los ojos de su perseguidor, y cuando éste llegó arriba, habían desaparecido. Los buscó en vano en tres direcciones, camino adelante y a ambos lados del muelle estrecho y sucio. El cansancio y el desfallecimiento le obligaron a suspender sus pesquisas.

Su cabeza ardía, su cuerpo estaba cubierto de un sudor pegajoso, temblaban sus piernas, le atormentaba una sed insaciable, y buscó un refrigerio de momento. En una frutería compró unas fresas muy maduras, y fué comiéndoselas mientras caminaba. Un lugar atractivo y pintoresco se presentó ante sus ojos; reconoció que

había estado en él unas semanas antes, el día que concibió su fracasado propósito de marcha. En medio de la plazoleta había un pozo, y se sentó en las escalerillas de piedra. Lugar de silencio, donde crecía la yerba entre las junturas del pavimento. Entre las casas viejas, de alturas irregulares, que le rodeaban, había una con pretensiones de palacio, con ventanas de arco apuntado y balcones, tras los cuales moraba el vacío. En el bajo de otra de las casas había una botica. Ráfagas de aire cálido traían olor a desinfectantes.

Allí estaba sentado el maestro, el artista famoso, el autor de *Miserables*, que en una forma tan clásica y tan pura renegara de toda bohemia y todo extravío; el que apartó su simpatía de lo irregular, condenando todo placer maldito; el que supo alzarse sobre tan elevado pedestal, y, superando su saber y su ironía, se había gozado en la confianza de las masas. Allí estaba el escritor de gloria oficial, cuyo nombre había sido ennoblecido, en cuyo estilo se formaban los niños en las escuelas. Sus párpados se habían cerrado. Sólo de vez en vez brillaba un momento, burlona y avergonzada, una mirada, para esconderse en seguida, y sus labios yertos, brillantes a fuerza de cosmético, daban forma en palabras a la extraña lógica de ensueño que su cerebro medio adormecido producía.

«Pues la belleza, Fedon, nótalo bien, sólo la belleza, es al mismo tiempo divina y perceptible, y por eso es

el camino de lo sensible, el camino del artista al espíritu. ¿Pero crees tú, amado mío, que podrá alcanzar nunca sabiduría y verdadera dignidad humana aquel para quien el camino que lleva al espíritu pasa por los sentidos? ¿O crees más bien (la decisión la abandono a tu criterio) que éste es un camino peligroso, un camino de pecado y perdición, que necesariamente lleva al extravío? Pues has de saber que nosotros los poetas no podemos andar el camino de la belleza sin que Eros nos acompañe y nos sirva de guía; y que si, a nuestro modo, podemos ser héroes y disciplinados guerreros, somos, sin embargo, como mujeres, pues nuestro ensalzamiento es la pasión, y nuestras ansias han de ser amor; ésta es nuestra gloria y nuestra vergüenza. ¿Comprendes ahora cómo nosotros los poetas no podemos ser ni sabios ni dignos? ¿Que necesariamente hemos de extraviarnos, que hemos de ser necesariamente concupiscentes y aventureros de los sentidos? La maestría de nuestro estilo es falsa y mentida e insensata; nuestra gloria y estimación, pura farsa; altamente ridícula, la confianza que el pueblo nos otorga; empresa desatinada y condenable querer educar por el arte al pueblo y a la juventud. ¿Pues cómo habrá de servir para educar a nadie aquel en quien alienta de un modo innato una tendencia natural e incorregible hacia el abismo? Cierto que quisiéramos negarlo y adquirir una actitud de dignidad; pero como quiera que procedamos, nos atrae.

Así, verbigracia, renegamos del conocimiento libertador, pues el conocimiento, Fedon, carece de severidad y disciplina; es sabio, comprensivo, perdona, no tiene forma ni decoro, simpatiza con el abismo, es ya el abismo. Lo rechazamos, pues, con decisión, y en adelante nuestros esfuerzos se aplican tan sólo a la belleza; es decir, a la sencillez, grandeza y nueva disciplina, a la nueva inocencia y a la forma; pero inocencia y forma, Fedon, conducen a la embriaguez y al deseo, llevan quizá al espíritu noble al espantoso delito de sentimiento que condena como infame su propia severidad estética, le llevan al abismo, ellos también le llevan al abismo. A nosotros los poetas nos llevan al abismo, pues nosotros no podemos emprender el vuelo hacia arriba rectamente, sólo podemos extraviarnos. Y ahora me voy, Fedon; quédate tú aquí, y sólo cuando ya hayas dejado de verme, vete también tú.»

Algunos días después, Gustavo Aschenbach, que se sentía mal, salió del hotel por la mañana a hora más tarde de la de costumbre. Tenía que luchar con vértigos, sólo a medias corporales, acompañados de un terror violento, un sentimiento de encontrarse sin salida y sin esperanza, que no sabía claramente si se refería al mundo exterior o a su propia existencia. En el *hall* vió una gran cantidad de equipaje dispuesto para el transporte; preguntó a un portero que quiénes eran los viajeros, y le respondieron que era la familia pola-

ca por quien se interesaba. Recibió la noticia sin que los desfallecidos rasgos de su rostro se contrajesen con aquella ligera inclinación de cabeza con que uno se entera distraídamente de algo que no le importa, y preguntó: «¿Cuándo?» Le respondieron: «Después de comer.» Se inclinó y se fué hacia el mar.

La playa presentaba un aspecto desagradable. Sobre la ancha y plana superficie de agua que separaba la playa del primer banco de arena se rizaban estremecidas tenues olas que corrían de adelante atrás. Otoño y decadencia parecían pesar sobre el balneario, animado antes por tanta profusión de colores, hoy casi abandonado, tanto que ni siquiera la arena estaba limpia. Un aparato fotográfico, cuyo dueño no se divisaba, descansaba al borde del mar sobre su trípode, y el paño negro que habían echado sobre él flotaba al viento.

Tadrio, con los tres o cuatro compañeros de juego que le habían quedado, corría a la derecha de la caseta de los suyos, y descansando en su silla de tijera, a mitad de camino entre el mar y la hilera de las casetas, con una manta sobre las piernas, Aschenbach lo contemplaba por última vez. El juego, que no estaba hoy vigilado, pues las mujeres debían andar ocupadas con el equipaje, era más violento que de ordinario. Aquel chico robusto, con traje de marinero y cabello negro y liso a fuerza de pomada, a quien llamaban *Jaschu*, excitado y cegado por un puñado de arena que

le tiraron a la cara, se fué hacia Tadrio y comenzó una lucha que pronto hubo terminado con la caída del hermoso mancebo, que era el más débil. Pero como si en el momento de la despedida, ese sentimiento de humillación del inferior, se trocase en cruel brutalidad y quisiese tomar venganza de una larga esclavitud, el vencedor no dejó libre al vencido, sino que, apoyando sobre la espalda de éste sus rodillas, oprimió su cara tan largo rato contra la arena, que Tadrio, a quien la huella había ya dejado casi sin aliento, parecía a punto de ahogarse. Sus intentos de desembarazarse de su opresor eran contracciones, a ratos cesaban y sólo sobrevenían como una convulsión. Espantado se disponía Aschenbach a intervenir, cuando el brutal Jaschu soltó a su víctima. Tadrio, muy pálido, se incorporó a medias, y apoyado en un brazo estuvo unos minutos inmóvil, con el cabello en desorden y los ojos húmedos. Luego se levantó y se alejó lentamente. Lo llamaron alegremente al principio, luego temerosos y suplicantes. El moreno, que sin duda sintió en seguida remordimientos por su conducta, le alcanzó y quiso reconciliarse con él. Pero un movimiento de hombros le rechazó. Tadrio se dirigió en diagonal hacia el mar. Iba descalzo y traía su traje a rayas con una cinta roja.

Se detuvo al borde del agua, con la cabeza baja, y empezó a dibujar en la arena húmeda con la punta del

pie; luego entró en el agua, que en su mayor profundidad no le llegaba ni a la rodilla, la atravesó dudando, descuidadamente, y dejó al banco de arena. Allí se paró un momento, con el rostro vuelto hacia la anchura del mar, y luego empezó a caminar lentamente, por la larga y estrecha lengua de tierra, hacia la izquierda. Separado de la tierra por el agua, separado de los compañeros por un movimiento de altanería, veían pasar su figura aislada y solitaria, con el cabello flotante, allá por el mar, a través del viento, teniendo ante sí la neblina infinita. Otra vez se detuvo para contemplar el mar. Y de pronto, como movido de un recuerdo, de un impulso, con una bella oscilación, hizo girar el busto, apoyada una mano en la cadera, y miró hacia la orilla por encima del hombro. El contemplador estaba allí, sentado en el mismo sitio en que por primera vez la mirada de aquellos ojos de ensueño se había cruzado con la suya. Su cabeza, apoyada en el respaldo de la silla, había ido siguiendo lentamente los movimientos del caminante; ahora se alzó para encontrar la mirada y cayó sobre el pecho de modo que sus ojos tenían que mirar de abajo arriba, tomando su rostro la expresión cansada, dulcemente desfallecida, de un adormecimiento profundo. Pero le parecía que, desde allá afuera, el pálido y amable mancebo le sonreía y le hacía señas; como si, separando la mano de la cadera, apuntase a o lejos, hacia la tentación monstruosa. Y, como tantas

veces, se dispuso a seguirle. Pasaron unos minutos antes de que acudieran en su auxilio; había caído a un lado, sobre su silla. Le llevaron a su habitación, y aquel mismo día, el mundo, respetuosamente estremecido, recibió la noticia de su muerte.